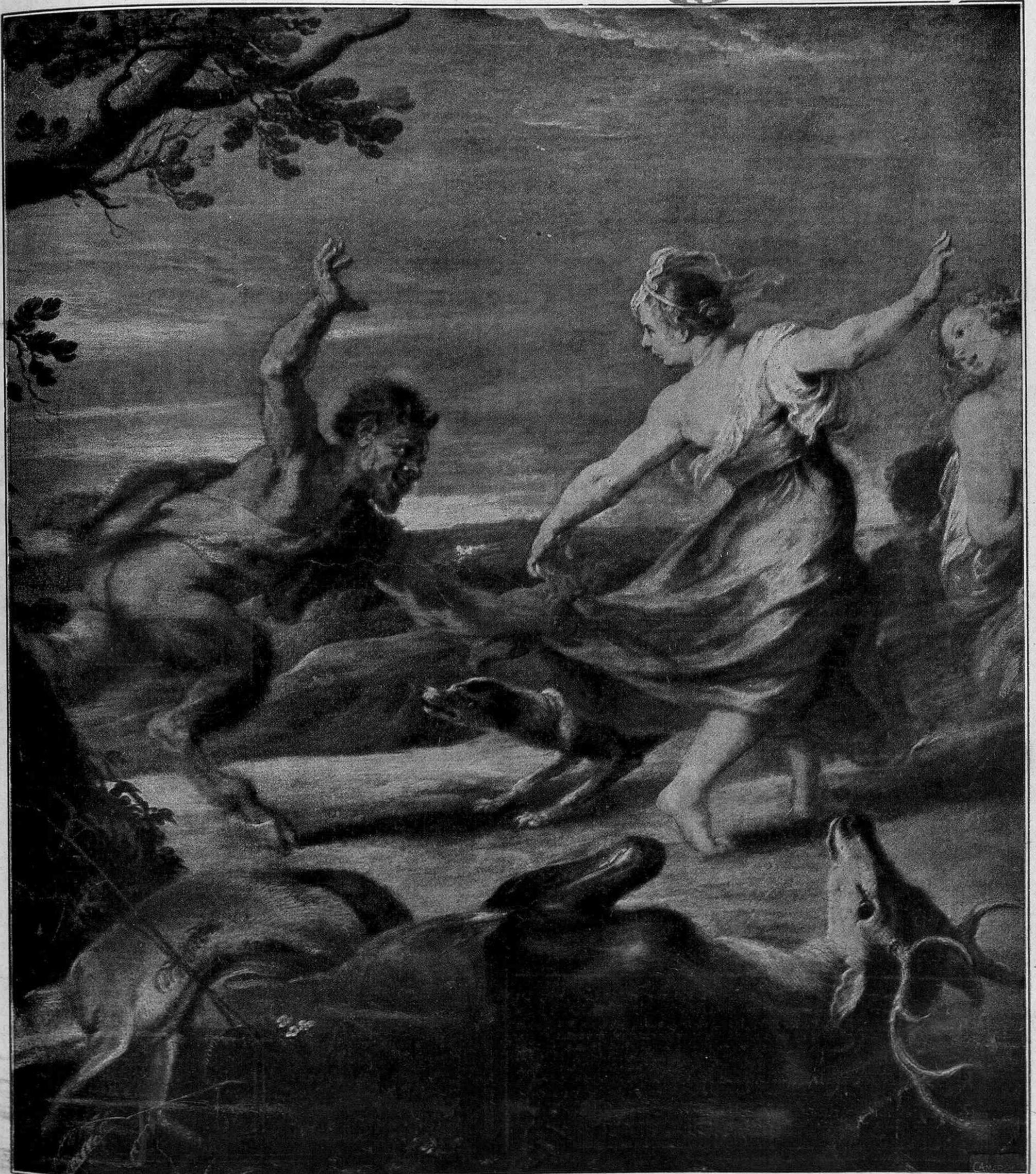


La Esfera

Año VIII • Núm. 374



Precio: Una peseta



NINFAS DE DIANA SORPRENDIDAS POR SATIROS, fragmento del cuadro de Rubens, que se conserva en el Museo del Prado

SE HA PUESTO Á LA VENTA, CON ÉXITO ENORME, LA SIN VENTURA

(VIDA DE UNA PECADORA IRREDENTA)

NOVELA DE 350 PÁGINAS POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

Pedidos, al autor

PRENSA GRÁFICA

Con el presente número de

La Esfera

repartimos,

sin aumento de precio,

el índice de la colección del año 1920.

GRANDES CARRERAS DE CABALLOS

EN

SAN SEBASTIAN

“MEETING” DE PRIMAVERA

Organizadas por el **JOCKEY CLUB**, de San Sebastián,
bajo el Real Patronato de S. M. Alfonso XIII

CINCO REUNIONES

Domingo 27 Marzo.	Gran Premio de Primavera.	59.500 ptas. en premios
Lunes 28 »	Premio Irún	19.500 » »
Domingo 3 Abril.	Premio del Casino.	32.000 » »
Jueves 7 »	Premio Willow	19.500 » »
Domingo 10 »	Premio del Jockey Club. . . .	32.000 » »

Las inscripciones á la Secretaría de la Sociedad de Carreras de San Sebastián



PECHOS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses con **PILDORAS CIRCASIANAS**, Doctor Brun. Inofensivas. Recomendadas por eminencias médicas. ¡27 años de éxito mundial es el mejor reclamo!, 6 pesetas frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín. ZARAGOZA, Jordán. VALENCIA, Cuesta. GRANADA, Ocaña. SAN SEBASTIAN, Tornero. MURCIA, Seiquer. VIGO, Sádaba. VALLADOLID, L. ano. SANTANDER, Sotorrio. SEVILLA, Espinar. BILBAO, Barandiarán. CORUÑA, Rey. LAS PALMAS, Lleó. MALLORCA, «Centro Farmacéutico». HABANA, Sarrá. CIENFUEGOS, Farmacia «Cosmopolita». PANAMA, «Farmacia Central». CARACAS, Daboin. QUITO, Ortiz. MANAGUA, Guerrero. BARRANQUILLA, Acosta Madiedo. PUERTO RICO, Comas Peyora. MANILA, Gaspar. 150, Mendoza. Mandando 6,50 pesetas sellos á Pousarxer, Viladomat, 104, apartado 481, BARCELONA, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. *Desconfiad de imitaciones.*



Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Agente de “Prensa Gráfica” en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en “Mundo Gráfico” y “La Esfera”, dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

“La Esfera” y “Mundo Gráfico”. Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.^a**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. Ortigosa y C.^a, únicas personas autorizadas.

Delegación de “Prensa Gráfica” en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones diríjanse á las delegaciones de “Prensa Gráfica” y “El Sol” en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Ca-

brera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas** y **Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

En **Burgos, Palencia y León**: á Burgos, Plaza del Duque de la Victoria, 14. Director: **D. Joaquín Arrarás**.

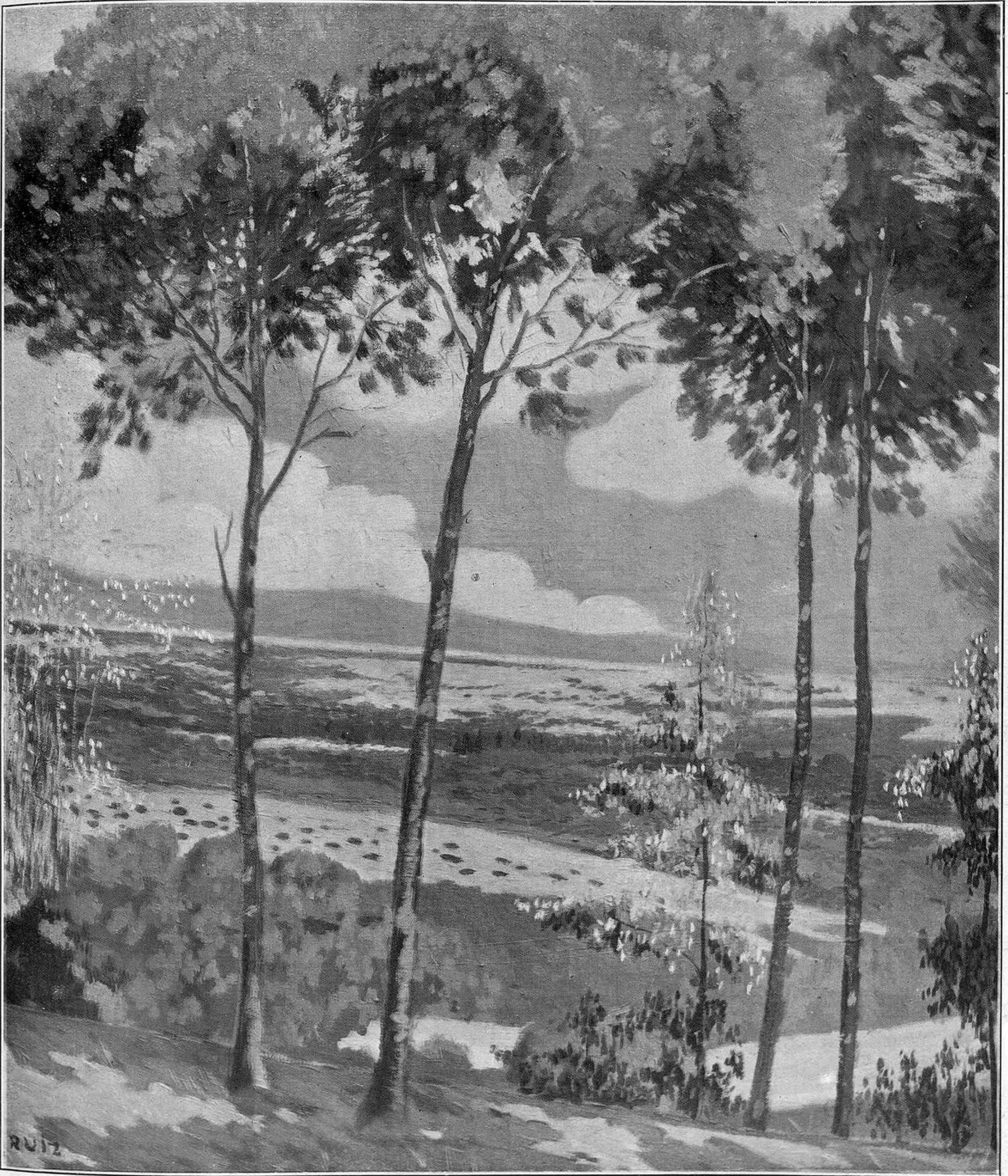
En la Zona Española del Protectorado de **Marruecos**: á Tetuán, Plaza de España. Director: **D. Antonio Got**.

La Esfera

Año VIII.—Núm. 374

Madrid, 5 de Marzo de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



LINDES DEL PINAR.

Cuadro original de Enrique Igual Ruiz, que figuró en el último "Salón de Otoño"

DE LA VIDA QUE PASA

La verdad contingente y el perdurable ensueño

Cuantos escritores dedican sus trabajos á los problemas de carácter internacional, experimentan una justificadísima alarma. La guerra que durante cuatro años sembró el espanto y la desolación en Europa, no será la última; muy pronto otros pueblos arrojarán sus ejércitos contra otros pueblos; las aldeas serán arrasadas; los campos convertidos en cráteres y abismos; millones de jóvenes sucumbirán bajo el fuego de la metralla, y otras tantas madres, vestidas de luto y las mejillas bañadas en llanto, se preguntarán si serán para siempre estériles las predicaciones de los mártires, las investigaciones de los sabios y los esfuerzos de los amantes del progreso para poner término á las implacables contiendas, que no tienen otra explicación que la barbarie universal.

Y se preguntan cuál será el teatro de la nueva lucha. ¿Será otra vez Francia? ¿El Japón? ¿La India? ¿Rusia? ¿Alemania? Lo cierto es que todo optimismo se ha disipado. Los hombres volverán á destrozarse como fieras; la que Norman Angel consideró irrealizable ilusión, será una cruel y positiva realidad. Preguntar si se acabarán las guerras equivale á preguntar si dejará de haber en el mundo enfermedades y desgracias, y si los hombres se librarán alguna vez del dolor, de la aflicción y de la muerte. Llorar, trabajar, combatir, enfermar y morir, son desdichas de que los hombres no podrán libertarse nunca. Son su patrimonio. Hemos de resignarnos á tan impía como irrevocable sentencia.

Pero los enamorados de los ideales abstractos no nos conformamos con las negaciones pesimistas; seguiremos creyendo en las perdurables utopías. Como Tertuliano creía en el absurdo, precisamente por ser tal, nosotros seguiremos creyendo en la paz futura, precisamente por ser un sueño. Hay algo más que vivir y morir, y ese algo es el amor, supremo resorte, merced al cual la vida y la muerte tienen su justificación y son episodios de un drama grandioso, á cuyo proscenio únicamente pueden asomarse los creyentes en la inmortalidad.

ooo

No hemos venido los hombres á la tierra para ser felices, pero sí para trabajar por conseguirlo; no á ser sabios, pero sí á indagar el secreto de cuanto nos rodea; no á ser impecables y justos, pero sí á trabajar incesantemente por la instauración del reinado de la justicia. El mérito de nuestra labor no estriba en el resultado, sino en el esfuerzo; no se halla en llegar á ser dioses, sino en acercarnos á la divinidad. Si la guerra nunca ha de ser desterrada de nuestro planeta, ello debe tenernos sin cuidado. Nuestra misión consiste en procurar desterrarla, consigámoslo ó no,

porque la naturaleza nos consagra á este fin. Cuando los padres crían á sus hijos saben demasiado que no pueden ser inmortales; sin embargo, procuran fortalecer su cuerpo y su espíritu para ponerlos en condiciones de defenderse de los peligros que les rodean. Cuando el estudioso trabaja en su laboratorio ó en su biblioteca, se halla convencido de que no llegará á desentrañar los arcanos de la vida y del pensamiento; no obstante, labora con ardor por aumentar el caudal de conocimientos que han de acercar la ciencia al saber absoluto. Cuando el político y el sociólogo estudian las causas del malestar entre los ciudadanos, saben demasiado que la perfecta igualdad entre todos los hombres es un mito; á pesar de este conocimiento, trabaja para aminorar la desigualdad y la explotación de unos hombres por otros. ¿Acaso las abejas suponen que cubrirán el mundo de miel? Llenan su panal, y cuando lo ven arrebatado por manos codiciosas forman un nuevo enjambre, para reedificar

sus nuevas celdillas exaédricas. Luchemos por la paz, aunque una y mil veces sea perturbada. Si el ideal se realizara completamente, dejaría de ser ideal. Nuestro fin no consiste en alcanzar la felicidad ni la perfección, sino en merecerlas.

Y así, palmo á palmo, línea á línea, va conquistando la humanidad el merecimiento. Su historia es trágica, pero es grande. Obstinada en construir su nueva Babel, no la abandona ni por la confusión de lenguas ni por los constantes derrumbamientos. No llegará á escalar los cielos, pero irá colocando en la altura cada día una nueva hilada. Los niños que en brazos de sus madres alzan al firmamento sus tiernos bracitos para coger las estrellas lejanas, no logran alcanzarlas, pero afirman su condición de soñadores enérgicos y su querencia de los cielos. Decídes que ellos alcanzarán las constelaciones. Lo principal es desearlas; esto conseguido, ellas se acercarán hasta ponerse en contacto con su generoso y romántico espíritu.

Yo os digo que llegará la paz perpetua; que aun vendrá un día prodigioso en que todos los hombres, franceses y alemanes, rusos y eslavos, americanos y japoneses, europeos y asiáticos, se sentirán hermanos; en que las campiñas no serán asoladas, ni las madres temblarán estrechando en sus trémulos brazos á sus pequeños, ni los jóvenes abandonarán sus tareas del campo y del taller para despedazarse los unos á los otros. Llegará una época piadosa en que todos colaborarán en la tarea misericordiosa de practicar el bien, y crear la riqueza, y dar á este planeta un alma que le hará parecer en el espacio un fanal azulado y transparente. Y si este día no llega jamás, mi espíritu habrá resplandecido en la siniestra sombra como una luciérnaga, y unido su fulgor al de los otros hombres, parejos en ideales redentores, habremos hecho resplandecer ese mundo como una gloriosa eucaristía, sangrienta acaso, pero en la cual el Verbo se habrá hecho carne. Y la paz será algo más que un vano propósito: será una aspiración humana, un por qué de la actividad, un móvil de conducta, una modalidad de la eterna creencia en lo Absoluto, sin la cual se podrá ser rico, poderoso, triunfador, pero no se será jamás hombre en cuerpo y alma.

La paz llegará, como llegarán la justicia, y la verdad, y la belleza pura, inefable. Su simple deseo es ya toda una identificación. ¡Bien haya esta humanidad, siempre vencida, pero que lucha siempre; perdurablemente caída en el dolor y en la miseria, pero que lleva siempre escondida en sus entrañas la luz del ideal y prendida en su corazón la esperanza en lo Absoluto Eterno de que procede!

ANTONIO ZOZAYA



CECILIA GAGLIARDI

Ha reaparecido en la escena del Real esta eminente soprano, constituyendo su debut en *Aida* una de las más salientes notas artísticas de la brillante temporada actual y el suceso artístico culminante de la pasada semana.

CLÍNICA SENTIMENTAL



UNA mujer...
Otra, entre
las incontables
que existen en
la tierra...

La vida sentimental se divide en dos grandes etapas. Aquella en que una mujer nos hace olvidar todas las demás del mundo, y aquella en que una mujer trae consigo la abrumadora visión de sus hermanas, sin que ninguna destaque especialmente. Es decir, pasa el observador de la ilusión al hastío.

Ahí tenéis una mujer. Hermosa, elegante, sola, invitando a probar suerte. El curioso desocupado caminaba por la fiesta, indiferente a los diversos espectáculos, con rumbo al aburrimiento. El encuentro con la beldad lo despabila; incluso obligale a desandar sus pasos sobre el encerado *parquet* y a mirarse de refilón en los espejos y a improvisar una preocupada actitud despreocupada. Se acelera la marcha de su sangre; palpita de prisa su corazón. Y casi simultáneamente con tales síntomas codiciosos, un repentino y profundo desaliento torna a ponerle en su ruta abandonada y tediosa. Ella, la mundana deidad, que había iniciado una falsa retirada, el juego de la indispensable intriga, el *hace que se va y vuelve*, no comprende la rareza del peregrino señor, y plegando el abanico con que ya improvisara un antifaz, ofrécese en la amplitud de su opulencia de belleza, como un irritado pavo real que despliega su cola...

¿Desencantó un detalle, una línea, un matiz de la mirada, una joya reveladora de vulgaridad?
¿Sufrió un desengaño, en fin, el veleidoso tran-

seunte? ¿Lo desanimó la repulsa de la diosa? Todo lo contrario. Apenas la mujer insinuó la esgrima clásica del cortejo, de golpe y plenamente se presentaron en la imaginación del presunto galán los eternos, invariables, fatigosos episodios de todas las aventuras. Un poquito de misterio; la información policíacogalante; escarceos, y el *flirt*; un período pintoresco de pruebas, méritos, y procurar la novedad en el asalto; la ofrenda de flores y libros; el pacto de la amistad sin ulteriores propósitos; y un buen día, la caída, y una breve temporada en que el pecado se hace burgués, y por último el epílogo de buscar un desenlace suave como una playa...

Pereza llamaremos paradójicamente a esta rapidez en experimentar las diversas peripecias de un idilio. Compararíamos esa indolencia a la del *dilettante* que ha visto el cartel del Real, quedando seducido y con intención de asistir a la ópera. Sin embargo, al punto se le representa el trabajo de vestirse, comer de prisa, el ocio bostezante de los entreactos, la salida bajo la helada, la lucha por un «simón»... El resultado es que se queda en casita, leyendo un libro junto a la lumbre, ó en el Casino, de palique, ó aguardando que la bola de marfil dé el do de pecho,

desalientan los perseguidores de faldas. De muchachos, porque se sueña en lo inesperado siempre; y de viejos, porque no se concede importancia, con una indulgente sonrisa comprensiva, sino a la realidad de una hora de placer que nos aleje del vivir cotidiano y mediocre.

Y es el caso que los escépticos aludidos, al mismo tiempo que desgana, sienten una informe y poco menos que dolorosa nostalgia del amor. ¡Con qué gusto volverían a escribir aquellas cartas ridículas y sublimes, a estar pendientes del teléfono, a adornar estratégicamente el nido de sus anacreónticas, a decir y realizar tonterías inefables! Pero se opone ese tedio, la indolencia, más bien...

Lector, amigo mío, que tal vez sufras de la enfermedad que estudiamos. Tu mal consiste en que tu espíritu echa panza, se envuelve en grasa paulatinamente. Ponte a régimen. Te recomiendo la gimnasia de no volverte atrás cuando comienzas una aventurilla... Traiciona tu poltronería, con lo que podríamos denominar un *poco de adulterio...*, del adulterio de los solteros.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

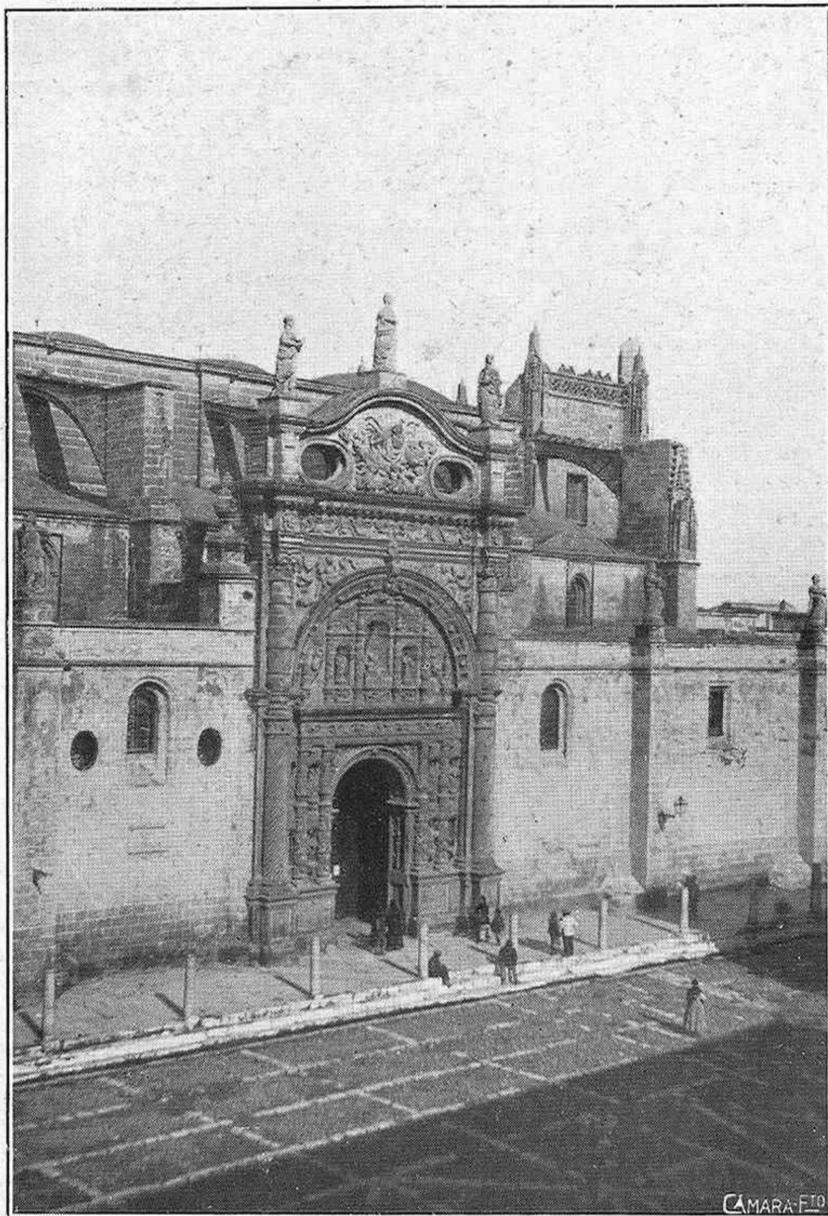
FOT. ARTCRAFT

es decir, acierte con el número elegido por nuestro héroe imaginario en la ruleta.

El fenómeno que acabo de señalar, la *cansera* sentimental, se repite hasta el infinito en la mayoría de los hombres que cuentan de treinta y cinco a cuarenta y cinco años. Antes y después no se

ESPAÑA ARTISTICA Y MONUMENTAL

Iglesia parroquial y prioral del Puerto de Santa María

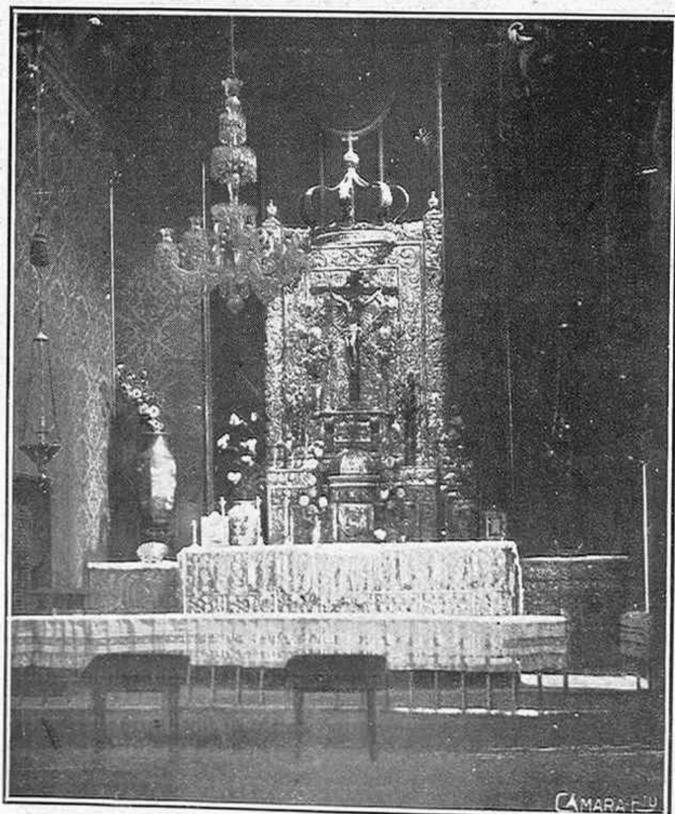


Fachada principal



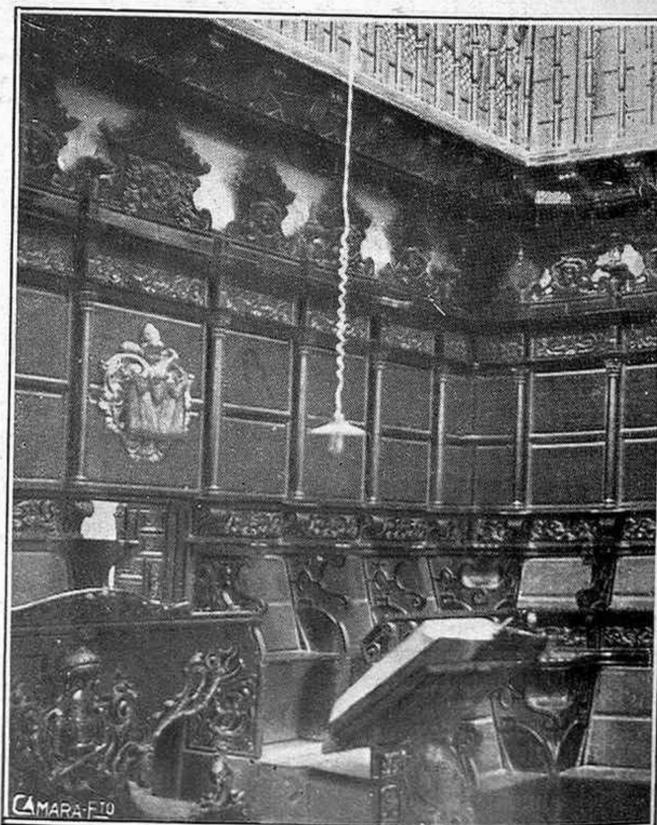
Torre y campanario

FOTS. JUAN MARTÍNEZ



El sagrario

EL Puerto de Santa María, esa pequeña población de casas blancas, limpias y alegres, sobre las que ríe la gracia del sol meridional, tiene algunos monumentos arquitectónicos dignos de ser conocidos por todo amante de nuestras riquezas artísticas. Entre ellos, forzoso es conceder la supremacía a la iglesia fundada por Don Alfonso *el Sabio*, y que lleva la advocación de Nuestra Señora de los Milagros. Pareció esta iglesia a un historiador semejante a la magnífica catedral de Sevilla; pero, en realidad, el templo de la ciudad gaditana no admite la más leve comparación con la citada joya artística de la ciudad que besa el Guadalquivir. Unicamente recuerda un poco la iglesia gaditana a la catedral de Sevilla en la disposición del pretil ó lonja que la circuye al Occidente, con marmolillos que quizás sean antiguas columnas; en el atrio que conduce a su imafrente; en el muro de cerramiento del citado atrio, que á trechos se halla fortalecido con estribos, y en el cual aún persisten dos ventanas, y, por último, en la fachada gótica.



Detalle de la sillería del coro

— POEMA —
FANTASTICO

✻ EL ALMA Y SU ESTRELLA



EL ALMA.—Hasta hoy no creí en ti... Más bien, ni te había sospechado. Oía hablar de la buena ó de la mala estrella de muchas almas amigas, pero siempre me pareció una frase sin sentido, y á veces una cosa de superstición y brujería... Pero ahora siento por todas partes tu influencia, y, por fin, te veo... ¿Adónde me llevas? ¿Qué te hice yo para que así me pierdas?... ¿Es posible que seas una hija del Cielo y me vayas conduciendo, de desdicha en desdicha, hacia un infierno de dolor y de desesperación sin fin?... Para traerme á esta desventura de hoy, ¿para qué proporcionarme antes goces, placeres y satisfacciones, que no habían de ser disfrutados como realidades dichasas, sino como semillas de mayores bienes, como siembra de ilusio-

nes?... Ayer, dichosa, amada y amante, veía en mi alma la felicidad naciente..., y me deleitaba en la felicidad futura... Hoy, ni amor, ni fortuna, ni ilusión... Solamente la tristeza, el sufrimiento, los peores, sin esperanza... ¡Estrella, estrella mía! ¡Sálvame, séme propicia, séme favorable!...

LA ESTRELLA.—No puedo salvarte... Yo no existo...

EL ALMA.—¿Que no existes, y te veo y te oigo?...

LA ESTRELLA.—Te oyes á ti propia... No sé por qué has de creer lo que ves... Tal vez merezca más fe lo que tus sentidos y tu inteligencia no llegan á percibir ni á comprender...

EL ALMA.—Yo te veo ahí arriba; en el cielo negro de mi triste vida de hoy siento tu influencia nefasta...

LA ESTRELLA.—Te equivocas. Yo nada soy, y, por no ser nada, no puedo valerte... No fué una estrella la que orientó á los Magos hacia el portal de Belén... Era la luz de la fe, que ardía en su espíritu; la fe, que da la felicidad... Todas las almas lleváis dentro la luz que os ilumina ó la luz que os consume y os devora... Sois las hacedoras de vosotras mismas...

EL ALMA.—Y ¿adónde me llevo yo misma, ahora?

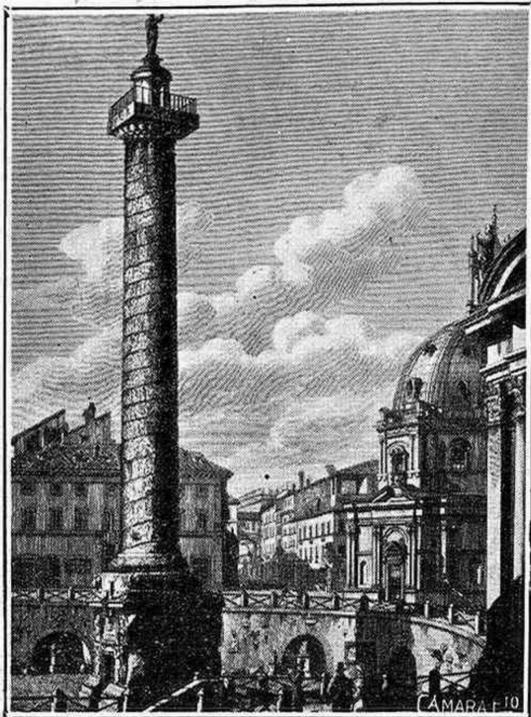
LA ESTRELLA.—A la locura...

EL ALMA.—¿Y qué es eso?

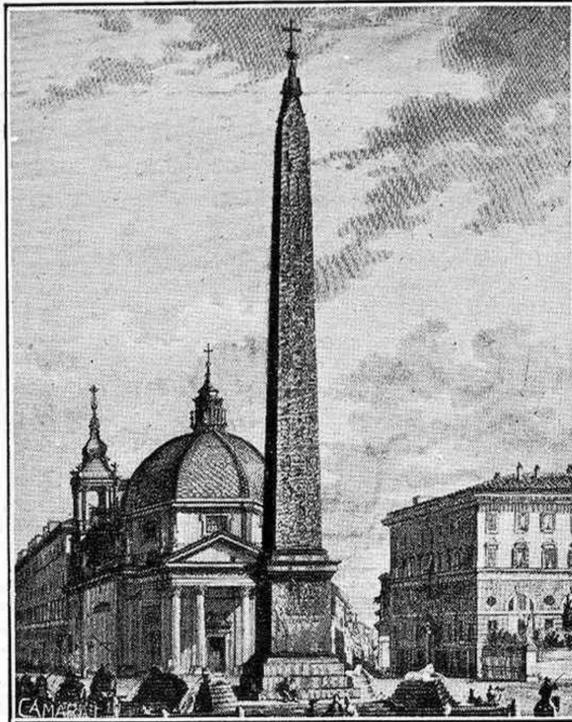
LA ESTRELLA.—Una vida nueva igual á la que has vivido...

E. GONZÁLEZ FIOLE

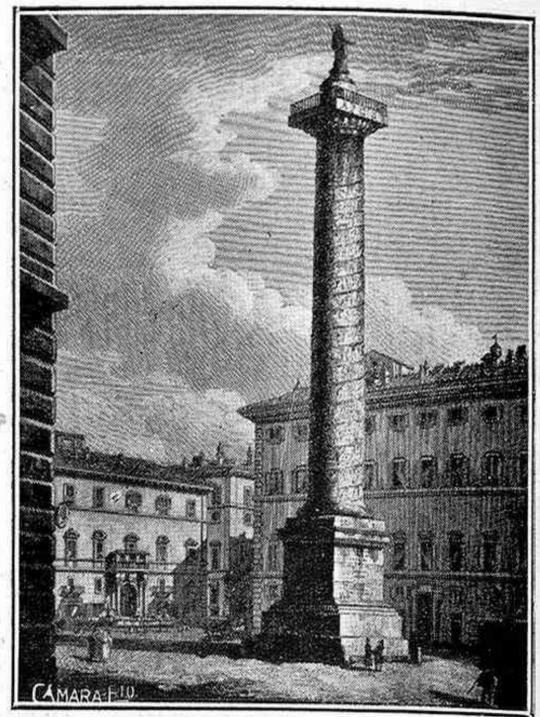
FOT. ARTCRAFT



La columna Trajana



Obelisco Flaminio



La columna Antonina

DE HELIÓPOLIS Á ROMA EL PAPA DE LOS OBELISCOS

MADRID tiene dos obeliscos. Uno que ha sido venerado durante un siglo en el Salón del Prado; altar y tumba á la vez, podrá parecer poco artístico y mezquino, acaso; pero, evocando una conmovedora epopeya popular madrileña, ha tenido el respeto y el cariño de varias generaciones. El otro obelisco estuvo muchos años en la Castellana; fué luego trasladado al final de la calle de Alcalá y colocado en medio de un pilón; se le adosaron dos figuras y quedó convertido en fuente. Es raquíptico y feo; no tiene historia ni leyenda. Situado hoy en un extremo de la capital, apenas se acuerdan de él los madrileños; parece un monumento funerario, enclavado en la plaza donde se despiden los duelos de los entierros que van al Cementerio del Este.

Alguna vez hemos pensado si estos obeliscos madrileños serían más bellos si fuesen más altos ó si estuviesen montados sobre pedestales artísticos, ó si sus propias aristas estuviesen esculpidas con bajorrelieves. Al cabo venimos á imaginar que el obelisco es una desgraciada invención que nunca llega á ser bastante bella, ora se ampare en el misterio que envuelve á las piedras milenarias, ora se adorne con jeroglíficos ó con figuras. Sin los prejuicios mentales que hereda-

mos ó que nos inoculamos en forzados estudios ó en incautas lecturas, nuestro gusto moderno nos haría rechazar la fea traza de los obeliscos. La rechazó antes el admirable sentido estético de Grecia.

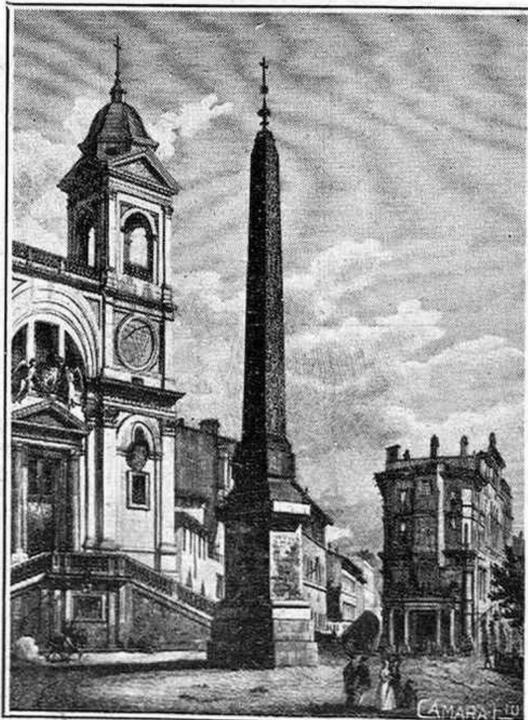
Sin embargo, nos asalta el recuerdo de que cuando recorrimos las plazas de Roma acreció la admiración que sentíamos por Sixto V, el Papa guardador de cerdos, viendo cómo había salvado de entre los escombros de la ciudad de los Césares, destruída por los Bárbaros, las agujas admirables que los vencedores y conquistadores de Egipto habían encontrado en Heliópolis y en Tebas, y habían transportado á Roma, como trofeos de sus victorias. Desde entonces fué para nosotros Sixto V el Papa de los obeliscos.

No se contemplan aquellas piedras milenarias sin honda emoción, porque con su misterioso poder evocativo parecen trasladar nuestro pensamiento á las Edades pasadas y poner ante nuestros ojos la visión de los pueblos, cuya vida escudriñó nuestra curiosidad á través de las historias, de las leyendas y de los poemas. Así, cuando en la plaza del *Popolo* miramos el Obelisco Flaminio, se borran ante nuestra vista las calles modernas y alegres que allí coinciden. Vemos el Circo Máximo donde Augusto emplazara el obelisco, consagrándolo al Sol y mostrándolo ante el populacho romano como un rendimiento del Egipto vencido; después, advirtiendo el misterio de sus jeroglíficos, nuestra imaginación hace resurgir, como un espejismo milagroso, la visión de Heliópolis, con sus riquezas imponderables, con su civilización indescifrable, borrándose y perdiéndose en la estúpida barbarie de las batallas. Cuando Sixto V recogió estas piedras, que el tiempo había hecho sagradas y que los soldados de Atila habían abatido, debió sentir su espíritu religioso poseído de la emoción que produce la contemplación de todas las reliquias. Este granito rojo, ¿cuántos siglos tiene? Allá en las orillas del Nilo y en las orillas del Tiber, estas piedras, á las que los dioses parecen haber concedido el don de la eternidad, han presenciado el transcurso de todas las Edades de la Historia. Más allá de ellas, antes que ellas apenas conocemos nada. Este Obelisco Flaminio, como el Salustiano, que los romanos conocieron en el Circo ó en los jardines de Salustio, como el Agonale, como el Minerveo, como el Lateranense, como el Vaticano, nos hablan en sus jeroglíficos de fechas que apenas puede abarcar el entendimiento humano: de 700 años, de 1.500 años antes de Jesucristo. Los guías repiten en nuestros oídos nombres que nuestra memoria retiene difícilmente: «Erigido en el Templo del Sol por Thutmosis III...» «... Alzado en el templo de Isis por Psammético I...» ¡Tantas grandezas hundidas en la nada y en el olvido, y estas piedras, entre

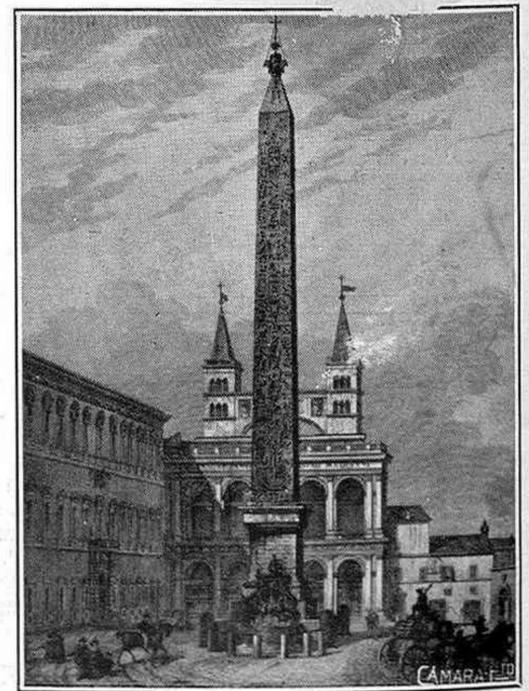
tanto, enhiestas é impasibles, como si el absoluto poderío del tiempo no pudiera carcomerlas y convertirlas en polvo!

Nuestra admiración se va condensando entonces alrededor de la figura de Sixto V, que salvó oportunamente de su total ruina estos testimonios de la grandeza egipcia. Porque los Césares romanos arrancaron estas piedras al pueblo vencido, profanando sus templos y hollando su fe, por vanidad y por soberbia, por llevar al populacho romano prendas de las victorias con que el Imperio se envanecía y embriagaba; pero á Sixto V movíale sólo el deseo de embellecer á Roma; de conservar para la cultura de los siglos venideros aquellos documentos históricos; de satisfacer su ideal estético, compatible con la fe en el Vaticano y en la Ciudad Eterna, mientras en el resto de la Cristiandad parecía todavía pagana y pecadora cualquiera manifestación del culto á la Belleza.

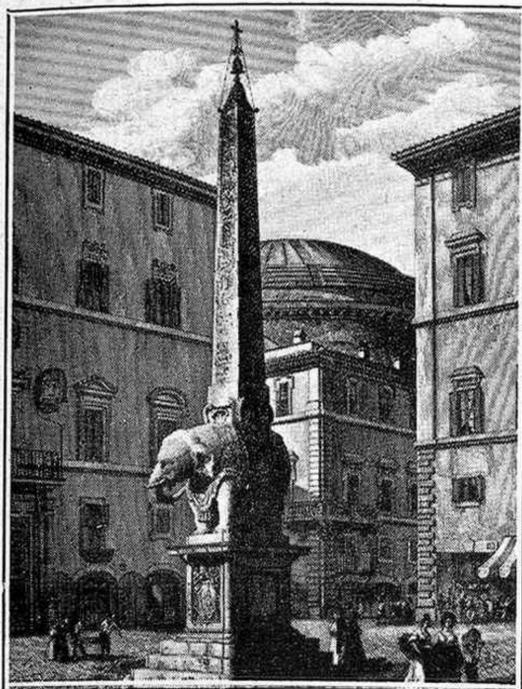
Así, no sólo se limita á reconstituir los obeliscos derrumbados entre las ruinas de los Circos, sino que el Agonale lo hace alzar coronando la soberbia fuente donde el genio de Bernini simbolizó en cuatro figuras monumentales los ríos Nilo, Ganges, Plata y Danubio. v el M...



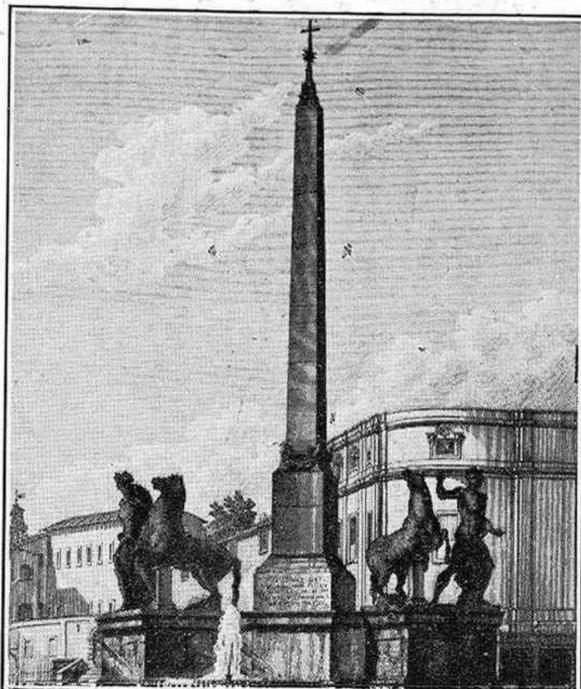
Obelisco Salustiano



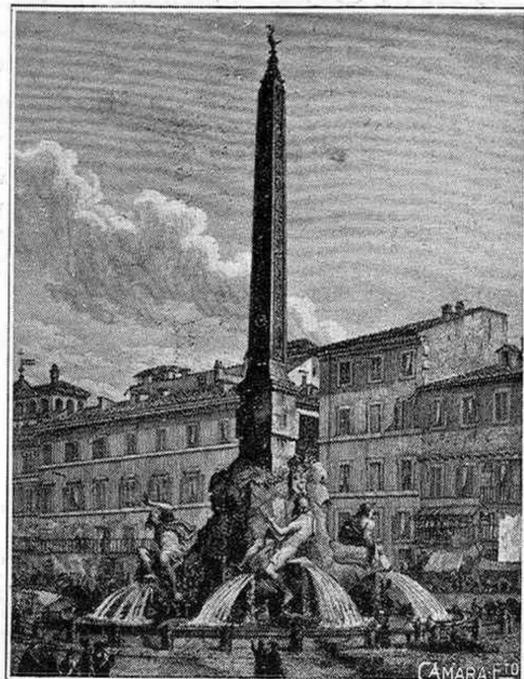
Obelisco Lateranense



Obelisco Minerveo



Obelisco Quirinale



Obelisco Agonale

veo lo monta sobre los lomos del admirable elefante de Ferrato.

Roma pagana tenía además obeliscos propios; columnas rostrales y conmemorativas, en las que había imitado y superado al arte egipcio. Una de ellas, aunque no bella, es uno de los monumentos más grandiosos de la antigüedad. Se alzaba esta columna en medio del foro de Trajano, entre los edificios de la Biblioteca griega y la Biblioteca latina, y escultores desconocidos habían esculpido en ella escenas de la gloriosa guerra contra los dacios. Contemplando este foro Gregorio *el Grande* había sentido dolor inmenso pensando que un tan admirable hombre como Trajano estuviese peinando en poder de Satanás el crimen de haber sido pagano, y oró con tal fervor y puso en intercesión cerca del cielo su santidad y su autoridad papal hasta conseguir el milagro de que el espíritu de Trajano saliese del infierno, como si hubiese conocido á Cristo. Sixto V, más artista y menos misericordioso, quitó la estatua de Trajano de encima de la columna y puso la de San Pedro. Así la contempló Napoleón.

Sobre la columna Antonina, semejante á la de Trajano, hizo poner Sixto V la estatua de San Pablo. Quedó, sin embargo, perpetuada la gloria de Marco Aurelio en los bajorrelieves que reproducen escenas de las guerras contra los sármatas, contra los marcomanos y otros pueblos germánicos de las orillas del Danubio.

Quitó Sixto V—y acaso no lo hiciera

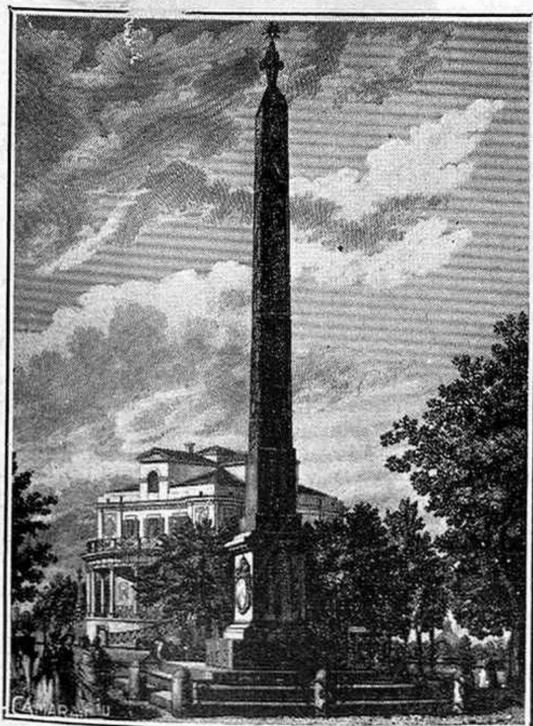
por su gusto ni por su iniciativa—otras mudanzas en los monumentos paganos que salvó de la ruina y de la desaparición. Del mausoleo donde estaban las tumbas de los Emperadores romanos, desde Augusto hasta Nerón, hizo quitar dos obeliscos que parecían dar guarda al monumento. Colocó el llamado Equilino frente á Santa María la Mayor y con el otro mandó hacer la graciosa composición que adorna el Monte Cavallo, donde se alzan las hermosas figuras de los dos domadores de caballos, encontradas en las termas de Constantino, en quienes, con los nombres de Fidiás y Praxiteles, se cree que Tiberio quiso honrar á dos augures que le adivinaban los pensamientos.

En la plaza admirable del Vaticano todo es más bello, más proporcionado, más grande, más hermoso que el obelisco, y, sin embargo, contemplándolo sentimos una profunda emoción. También sus piedras milenarias se alzaron en un templo de Heliópolis, aunque no tiene esculpidos jeroglíficos. Llegó á Roma en tiempos de Calígula, quien le colocó en el Circo Vaticano. Fué allí donde Nerón ofreció al embrutecido populacho el cruel espectáculo de los martirios de los cristianos. Devorados por las fieras, quemados como antorchas, despedazados en el correr sin freno de los caballos, las últimas miradas de aquellos ojos vidriosos debieron fijarse en esta aguja que señalaba impasible hacia el cielo... Luego, ¿quién puede dudar que fué un milagro la presencia en la plaza del Vaticano del marinero

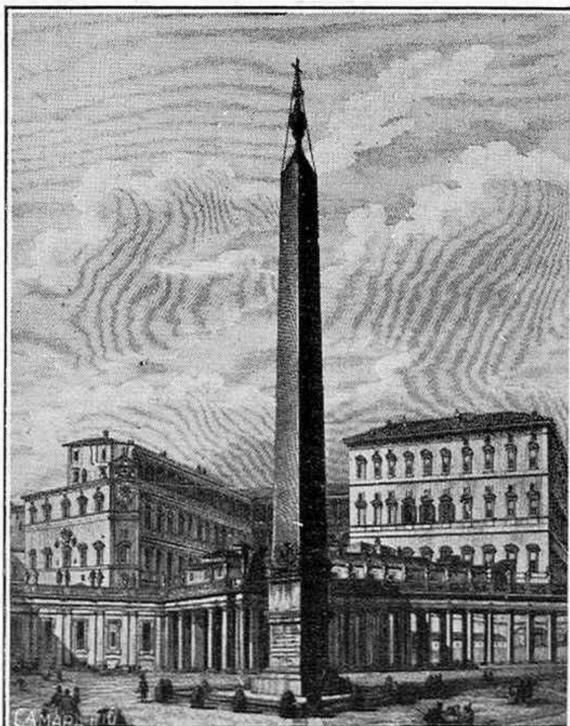
Bresca, de San Remo, el día en que el arquitecto Domenico Fontana dirigía la operación de alzar el obelisco en el lugar en que se encuentra? Ochocientos hombres tiraban de las cuerdas, y cuando ya la enorme mole de piedra estaba alzada del suelo se advirtió que era deficiente la resistencia calculada para poder llegar á colocarla vertical sobre el pedestal. Se había anunciado que sería condenado á muerte quien interrumpiera con una palabra el silencio durante la peligrosa operación; pero al mostrarse inevitable la catástrofe, al escuchar el crujimiento del cordaje, próximo á romperse, se escapaba un grito de angustia de todos los pechos, cuando el marinero Bresca voceó, sin poder contenerse: ¡Agua á las cuerdas! Domenico Fontana creyó oír un aviso del cielo. El arquitecto ignoraba lo que sabe el tripulante de un velero: que el cáñamo mojado ofrece diez veces más resistencia que el cáñamo seco. Se salvó así de hacerse añicos y polvo el Obelisco Vaticano, y el Papa, en premio, concedió á la familia de Bresca y á sus descendientes el monopolio de la venta de las palmas del Domingo de Ramos.

Y he aquí que después de admirar á Sixto V y recordar la emoción que nos produjeran los obeliscos de Roma, podemos repetir que la invención egipcia es bastante fea y no vale la pena de imitarla alzando obeliscos nuevos en nuestras calles modernas, anchas, alegres y bulliciosas.

MÍNIMO ESPAÑOL



Obelisco Aureliano



Obelisco Vaticano



Obelisco Esquilino

Cuentos de
"LA ESFERA"

EL ANILLO DE LA MOMIA

JOHN Vansittart Smith, miembro de la Real Sociedad Británica, después de haber llamado la atención del mundo entero por sus trabajos en Zoología y Botánica, y más tarde por sus descubrimientos químicos, se dedicó de pronto al estudio de las ciencias orientales, dando una nueva demostración de la variedad de sus talentos con una Memoria sobre las inscripciones jeroglíficas y demóticas de El-Rab.

Pero esta vez se apasionó de tal manera con sus nuevos estudios, que acabó casándose con una joven egipóloga, autora de varios tomos sobre la sexta dinastía, y después de asegurar así a sus trabajos una base sólida, John Vansittart Smith empezó a reunir datos para un libro que había de resumir los descubrimientos de Leipsius y el genio de Champolion. La preparación de su *Magnum opus* le obligó a hacer frecuentes viajes a París para visitar el Museo del Louvre, y en una de estas visitas le aconteció la aventura que vamos a relatar.

El sabio se hallaba en la sala que encierra la magnífica colección de papiros.

John Vansittart Smith no pasaba, ni aun entre sus más fervientes admiradores, por un *modelo* de belleza masculina. Inclinado sobre la vitrina, cuyos cristales le devolvían su imagen, él mismo tenía que reconocer que su nariz ganchuda, su mentón prominente y el cuello de su gabán levantado hasta las orejas, le daban un aspecto singular. Sin embargo, sintió una sensación desagradable al oír una voz que decía en inglés, detrás de él:

—¡Qué tipo más raro!

El sabio se mordió los labios y prosiguió su trabajo maldiciendo interiormente la raza de los turistas ingleses.

—Sí—dijo otra voz—, tiene una cabeza extraordinaria.

—Parece—prosiguió el primer interlocutor—que á fuerza de contemplar momias se ha vuelto él también momia.

—Indudablemente, tiene algo de egipcio.

Exasperado, John Vansittart Smith se volvió. Con gran sorpresa, vió que los dos insulares le volvían la espalda y contemplaban á uno de los guardianes de la sala, ocupado en limpiar una barra de cobre.

—¿Qué entenderán estos charlatanes por «algo egipcio»?—se preguntó John Vansittart Smith, mientras los ingleses se alejaban.

Y dió unos pasos hacia el guardián para ver su rostro. Tuvo que reprimir una exclamación de sorpresa. Aquella cara era la misma que sus estudios le habían hecho familiar. Las facciones correctas, la frente ancha, el mentón redondo, la tez bronceada, todo era la reproducción exacta de las innumerables estatuas que llenaban la sala. La anchura de los hombros y la estrechez de las caderas hubieran bastado para denunciar en aquel hombre un egipcio.

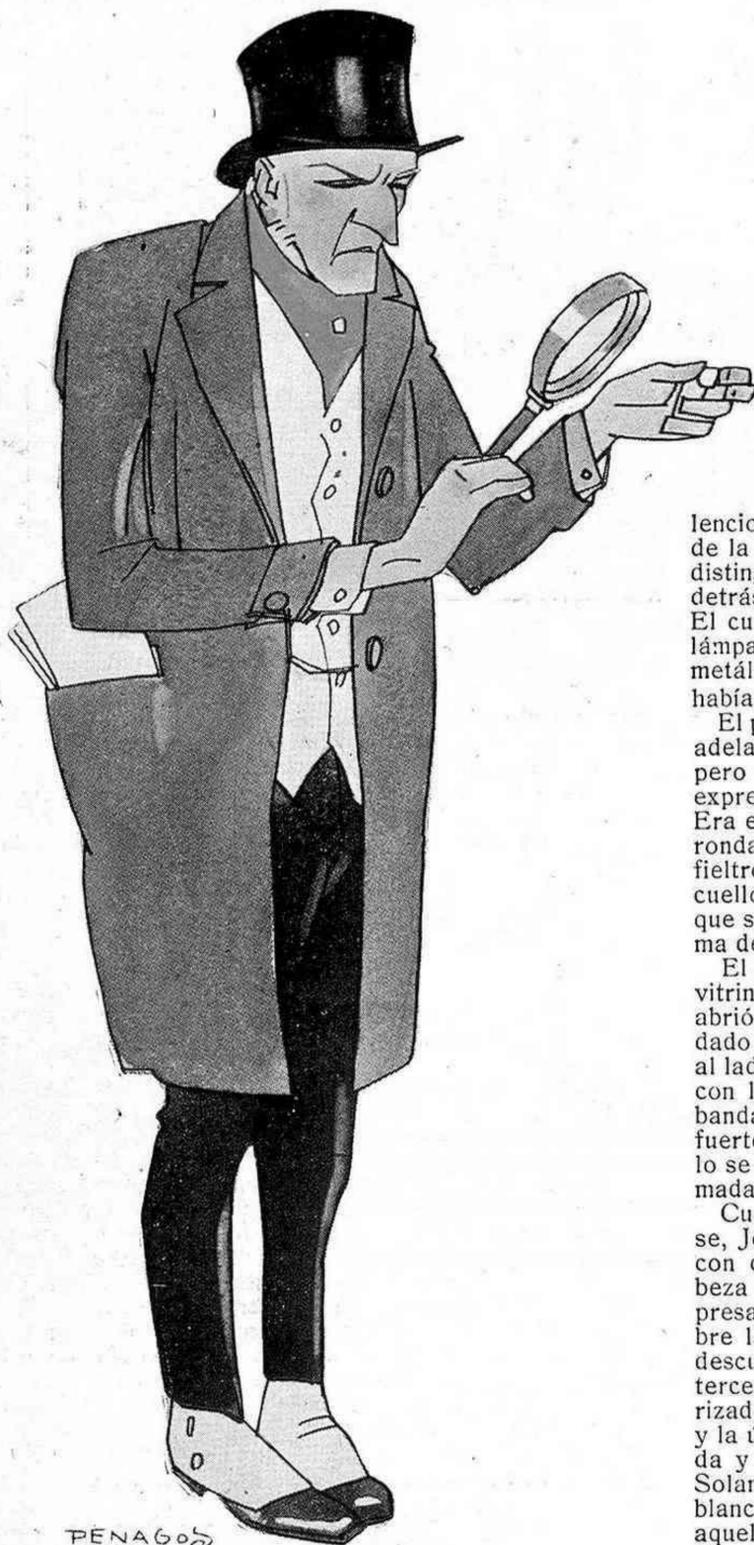
John Vansittart Smith se acercó al guardián con intención de dirigirle la palabra, y de pronto tuvo la sensación de que aquella piel bronceada tenía algo sobrenatural. En las sienes y en los pómulos era lisa como pergamino; no parecía tener poros. Desde la frente hasta la barbilla estaba surcada por una multitud de arrugas que se enredaban en todas direcciones como los complicados dibujos que cubren la faz de un zahorí.

—¿Dónde está la colección de Menfis?—preguntó el sabio, con el aire torpe de la persona que hace una pregunta sin más propósito que el de entablar conversación.

—Allí—contestó el hombre, sin levantar la cabeza, indicando con un gesto una parte de la sala.

—Usted es egipcio, ¿verdad?—prosiguió el inglés.

El guardián levantó la cabeza y fijó en su interlocutor sus extraños ojos negros, vidriosos, y que brillaban con un extraño fulgor. Smith no había visto en su vida ojos semejantes, y mientras los miraba vió que se llenaban de una emo-



ción que fué acentuándose con una expresión de ira y de odio.

—No, señor, soy francés.

El hombre prosiguió su trabajo. El sabio fué á sentarse para reanudar sus pesquisas en los papiros. Pero su espíritu estaba hasta tal punto abortado por la expresión de aquel rostro de esfinge con piel de pergamino, que al cabo de un rato sucumbió al invencible deseo de volver á verlo. Se levantó y recorrió varias salas; pero el hombre que había despertado su curiosidad ya no estaba allí.

El sabio volvió á su sitio y siguió tomando notas. Poco á poco, las líneas se fueron haciendo menos regulares, las palabras menos distintas y, finalmente, el lápiz cayó al suelo y la cabeza del sabio se inclinó sobre el pecho. John Vansittart Smith se durmió tan profundamente, que ni los pasos de los visitantes, ni el sonido de la campana, que anunciaba la clausura del Museo, lograron despertarle.

Los ruidos callejeros disminuyeron, y el reloj de Notre Dame dió las doce; el sabio seguía durmiendo. Solamente á la una de la mañana Vansittart Smith recobró conciencia de sí mismo; al pronto creyó que se hallaba en su despacho; pero cuando á la luz de la luna, que brillaba á través de las ventanas, distinguió la hilera de momias y sarcófagos que lo rodeaban, se dió

cuenta de dónde se encontraba. No era extraño que los guardianes no le hubieran visto, pues se hallaba oculto por una gruesa columna.

John Vansittart Smith no era fácilmente impresionable; pero al hallarse solo, en un silencio absoluto, en medio de tantos muertos de una época muerta también, sintió una sensación extraña. Lleno de veneración y de respeto contempló aquellas reliquias, que procedían de las tumbas de Tebas la imponente, de Luxor la magnífica y de los nobles templos de Heliópolis, y habían venido á parar á una alegre ciudad del siglo xx.

De pronto vió la luz amarillenta de una lámpara.

John Vansittart Smith se irguió sobre su silla y sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. La luz se adelantaba con movimientos irregulares. A pesar del silencio absoluto, no se oía el ruido de los pasos de la persona que llevaba la lámpara. Y cuando distinguió el rostro, que parecía flotar en el aire detrás de la luz, tuvo un movimiento de terror. El cuerpo permanecía en la oscuridad, pero la lámpara iluminaba una cara extraña con mirada metálica y piel cadavérica: era el guardián que había visto por la tarde.

El primer movimiento de Vansittart Smith fué adelantarse y contar lo que le había ocurrido; pero vió algo tan extraño en los ademanes y la expresión de aquel hombre, que cambió de idea. Era evidente que el guardián no efectuaba una ronda oficial; llevaba zapatillas con suelas de fieltro y andaba sigilosamente, adelantando el cuello, mirando á derecha é izquierda, mientras que su respiración jadeante hacía temblar la llama de la lámpara.

El hombre se dirigió hacia una de las grandes vitrinas y, sacando una llave de su bolsillo, la abrió. Sacó una momia, que dejó con gran cuidado y solicitud en el suelo; colocó la lámpara al lado y, después de sentarse al estilo oriental, con las piernas cruzadas, empezó á quitar las bandas que rodeaban el cuerpo de la momia. Un fuerte olor aromático llenó la sala, y por el suelo se esparcieron fragmentos de madera perfumada y de especias.

Cuando la última banda empezó á desarrollarse, John Vansittart Smith, que seguía la escena con curiosidad apasionada, adelantando su cabeza de pájaro, hubo de reprimir un grito de sorpresa. Una espléndida cabellera negra cayó sobre las manos del hombre. La segunda vuelta descubrió una frente blanca como el marfil; la tercera, unos ojos brillantes con largas pestañas rizadas y una nariz de irreprochable corrección, y la última reveló una boca divinamente dibujada y un mentón de una curva llena de gracia. Solamente una mancha oscura en medio de la blanca frente estropeaba un poco el conjunto de aquel rostro femenino, de una belleza extraordinaria, verdadero triunfo del arte de embalsamar.

Su vista produjo en el guardián un efecto singular. Alzó los brazos al cielo, lanzando gritos guturales; luego se echó en el suelo, junto á la momia y, rodeándola con sus brazos, la cubrió de besos, repitiéndola incesantemente: —¡Amada! ¡Amada mía!

De pronto, su mirada cayó sobre la cabeza de Smith, que en aquel momento se hallaba excesivamente adelantada.

—Dispéñeme usted—dijo el sabio con mucha cortesía—. Me he quedado dormido detrás de esta columna.

—¿Y me ha acechado usted?—preguntó el otro, en inglés, con una expresión salvaje.

El sabio no sabía mentir.

—Confieso—dijo—que he visto todos sus movimientos y que me han intrigado bastante.

El hombre sacó de su pecho un largo y afilado cuchillo.

—Si le hubiera visto hace diez minutos—dijo—le hubiera clavado esta hoja en el corazón. Y si intenta usted contrariarme en lo más mínimo, es usted un hombre muerto.

—No tengo la menor intención de contrariarle—contestó Vansittart Smith, con tanta más dulzura cuanto que el hombre apoyaba la hoja brillante sobre su mano, como para cerciorarse de que estaba bien afilada—. Lo único que le pido es que me ayude usted á salir de aquí.

PENAGÓN
XX

—¿Cómo se llama usted?
 —John Vansittart Smith.
 —¿Es usted el Vansittart que acaba de publicar en Londres un trabajo sobre El-Rab? No entiende usted nada del asunto.
 —¡Cómo!—protestó el egiptólogo algo ofendido.

—El enigma de nuestra civilización no se encuentra en las inscripciones de los monumentos—declaró el hombre—, sino en nuestra filosofía hermética y en nuestra ciencia mística, que usted desconoce en absoluto.

—¡Nuestra civilización!—repitió el sabio, asombrado.

Pero de pronto el guardián se fijó en la momia y lanzó un grito de horror y de sufrimiento. Bajo la acción del aire la piel se había reseca, los ojos se habían hundido en las órbitas y los labios se habían encogido, dejando al descubierto unos dientes amarillos; solamente la señal oscura en medio de la frente probaba que aquel rostro era el mismo que unos minutos antes había aparecido radiante de belleza y de juventud.

El hombre contuvo su emoción con un esfuerzo violento.

—¿Qué importa su cuerpo inerte—exclamó—, puesto que puedo ir al fin á reunirme con su espíritu!

Y mientras que Vansittart Smith le miraba, cada vez más convencido de que tenía que habérselas con un loco, añadió:

—Ha llegado la hora que tanto he esperado. Pero primero tengo que hacer que salga usted de aquí. Venga.

Cogió la lámpara y precedió al sabio á través del Museo. Cruzaron salas y pasillos. Bajaron una escalerita de piedra y llegaron ante una puerta que salía á la calle. Al lado había una puertecita entreabierta, por donde se filtraba un rayo de luz.

—Entre usted aquí—dijo bruscamente el guardián.

El egiptólogo vaciló; pero la curiosidad fué más fuerte que su temor, y siguió á su extraño acompañante hasta una habitación iluminada.

Era una especie de portería, donde había un catre de hierro, una mesa redonda y una silla. El hombre se sentó sobre el borde de la cama é indicó á su visitante que se sentara en la silla.

—Acaso estuviese escrito—dijo—que yo haría el relato de mis desdichas, como un aviso á los mortales temerarios que quieren oponerse á las leyes de la Naturaleza. Soy egipcio. Nací

bajo el reinado de Tutmosis, en el año 1600, antes del nacimiento del que llamáis Cristo. Mi nombre es Senra. Mi padre era jefe de los sacerdotes de Cairis en el magnífico templo de Abaris. Antes de cumplir los diez y seis años, yo poseía ya todos los conocimientos de las artes míticas de que habla vuestra Biblia. Luego, seguí estudiando los secretos de la Naturaleza, y ningún hombre compartió jamás mi ciencia y mis descubrimientos. Lo que más me atraía era el estudio del principio vital. Busqué un método que diese al cuerpo la inmunidad contra el mal, y aun contra la muerte. El resultado de mis experiencias fué el descubrimiento de una sustancia que, inyectada en la sangre, da al cuerpo la fuerza para resistir al tiempo, á las enfermedades y á los accidentes. Esta sustancia había de conservar su propiedad, si no eternamente, al menos durante miles de años. No se trataba de nada misterioso, ni sobrenatural, sino de un sencillo descubrimiento de química. Con loca alegría inoculé en mis venas el maldito licor. Luego, busqué un compañero y escogí un joven sacerdote de Thoth, llamado Parmés, que por su elevado carácter y su inteligencia estudiosa había conquistado mi simpatía, y le inyecté el elixir. Desde aquel día abandoné mis estudios y me dediqué á recorrer la ciudad con el corazón radiante de orgullo ante el pensamiento de que aquellos hombres y aquellos monumentos estaban destinados á perecer, mientras que yo seguiría viviendo. Un día, en que paseaba acompañado de Parmés, encontré á la hija de un oficial del Rey, llamada Atma, famosa por su belleza. El amor me hirió como un rayo, y juré por Herus que aquella mujer sería mía. Pero el sacerdote de Thoth se separó de mí con una mirada, negra como la noche. Supe más tarde que Parmés había declarado á Atma su pasión antes que yo, pero ella me entregó su corazón. Por aquel entonces la peste blanca hizo estragos en la ciudad. Cuidé á los enfermos con tan abnegada despreocupación, que Atma se maravilló ante mi valor prodigioso. Entonces le di á conocer mi secreto y le supliqué consintiese en que yo ensayase también mi elixir con ella. Pero Atma era piadosa y temerosa de los dioses. Temió ir contra la voluntad divina de Coiris, y me pidió el plazo de una noche para reflexionar antes de resolverse. Al día siguiente, tan pronto como se dijeron las oraciones en el templo, corrí á su casa; una esclava vino á mi encuentro y me anunció que su ama estaba gravemente enferma. Me precipité como un loco á través de la turba de esclavos, y entré en el cuarto de mi amada; estaba echada sobre su cama, con el rostro pálido y los ojos cerrados. Sobre su frente había una mancha roja que reconocí con horror; era la señal maldita de la peste blanca, el signo irrevocable de la muerte. No quiero recordar aquellas horas terribles. Jamás un árabe ha suspirado por un oasis como yo suspiré entonces por la muerte. Todo fué inútil: la influencia del elixir era invencible. Un día, en que me hallaba extenuado de fatiga y de dolor, Parmés, el sacerdote de

Thoth, entró en mis habitaciones. Una alegría intensa brillaba en sus ojos. «¡También tú la quisiste!—exclamé—¡Y han de pasar siglos antes de que la podamos volver á ver!» «Habla por tí—contestó con risa salvaje—. Yo, al salir de aquí, voy á reunirme con ella.» «No puedes morir; el licor ha saturado tu sangre.» «Puedo desafiarle; he encontrado un principio más fuerte que anula su influencia; dentro de una hora habré muerto.» «¡Dime tu secreto!—exclamé—¡Te lo suplico por la divinidad de Thoth, por la majestad de Anubis!» «¡Nunca!» «Entonces, yo encontraré el medio de fabricar tu elixir.» «No podrás; contiene un principio que no puede reconstituirse, y lo poco que queda está encerrado en el anillo de Thoth. Ganaste el amor de Atma, pero yo voy á reunirme con ella, mientras tú seguirás arrastrando tu miserable vida. Adiós.» Se fué. Al otro día se propagó la noticia de que el sacerdote de Thoth había muerto. Parmés había declarado que lo que quedaba del sutil veneno estaba encerrado en el anillo de Thoth. Yo conocía aquella joya. Era una gruesa sortija maciza, no de oro, sino de otro metal más valioso traído de las minas del monte Herbal y que llamáis platino. La sortija tenía una piedra hueca de cristal; sin duda en esa piedra era donde estaba el veneno. Pero ¿dónde encontrar el anillo? Registré en vano el templo y las habitaciones de Parmés. No descubrí nada. Entonces estalló una guerra terrible con los Hykses, en la que los capitanes del Gran Rey fueron derrotados en el Desierto. Nuestra ciudad cayó en poder de los enemigos y yo fui hecho cautivo con muchos otros. Durante años y años guardé los rebaños en las llanuras del Eúfrates. He vivido en todos los países; he conocido todos los pueblos; he hablado todos los idiomas. Pero ya llego al término de esta larga existencia, que me es odiosa. Hace poco, estando en San Francisco, leí el relato de los descubrimientos hechos en Abaris. En una tumba se había hallado un sarcófago con una inscripción, indicando que encerraba los restos de la hija del gobernador, muerta bajo el reinado de Tutmosis. Sobre el pecho de la momia se había encontrado una gran sortija de platino con una piedra de cristal. La misma noche abandoné San Francisco, y á las pocas semanas llegué á Abaris, si es que unos montones de arena y unos muros en ruinas pueden llevar todavía el nombre de la gran ciudad. Me enteré de que la momia había sido enviada al Museo Boulak, del Cairo. Fui al Cairo y allí supe que Mariette Bey había enviado sus hallazgos á París para que fueran colocados en el Museo del Louvre. Una plaza de guardián quedó vacante al poco tiempo de mi llegada. Me presenté al director y, para inspirarle confianza, le hablé de Egipto. Asombrado por mi sabiduría me contestó que más me convenía una cátedra de profesor que una plaza de bedel. Sin embargo, acabó por acceder á mis ruegos. Esta es la última noche que paso aquí. Porque al fin he hallado los restos de mi Atma y el anillo que tanto había buscado. Tal es el relato de mis desdichas, Sr. Vansittart Smith. Puede usted darle á conocer ó guardarle para usted. Esta puerta da á la calle de Rívoli. Adiós.

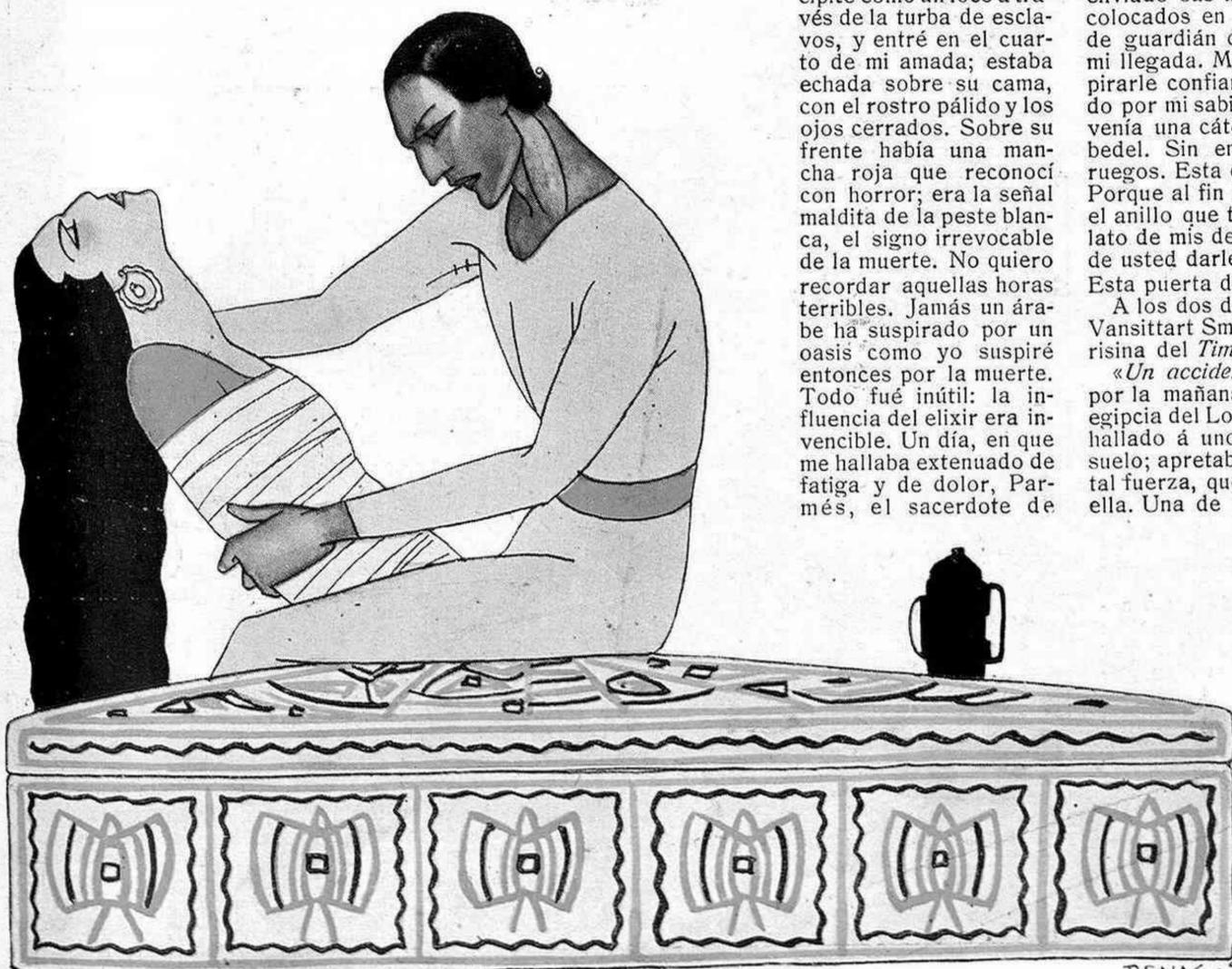
A los dos días de su regreso á Londres, John Vansittart Smith leyó en la correspondencia parisiense del *Times* el siguiente suceso:

«Un accidente singular en el Louvre.—Ayer por la mañana, al hacer la limpieza en la sala egipcia del Louvre, los empleados del Museo han hallado á uno de los guardianes muerto en el suelo; apretaba entre sus brazos una momia, con tal fuerza, que ha costado trabajo separarle de ella. Una de las vitrinas, que encierran alhajas de un valor inestimable, estaba abierta, siendo notada la desaparición de una sortija de platino con una piedra de cristal. Las autoridades suponen que el hombre había robado la momia con la intención de venderla á algún coleccionista, y que debió de morir repentinamente, sin duda á causa de una enfermedad del corazón, pues según certificado facultativo el muerto padecía tal enfermedad desde hacía mucho tiempo. No se conocen parientes ni amigos de este hombre; sus costumbres eran algo excéntricas y no se ha podido averiguar con exactitud su edad.»

A. CONAN DOYLE

(Traducción y adaptación de Magda DONATO)

DIBUJOS DE PENAGOS



PENAGOS
X X

POR TIERRAS CASTELLANAS
SAHAGÚN, Ó LA PIEDRA Y EL BARRO



"La Peregrina"

LA TIERRA DE CAMPOS

Tierra de Campos llámase á una extensa llanura que ocupa gran parte de la provincia de Palencia y algo de las de León y Valladolid. En primavera, cuando verdean ya crecidos los sembrados de trigo y cebada que, alternando con barbechos y viñedos, se extienden por la planicie, verdadera tierra de campos es esta de Castilla. Pero en el resto del año, más que de campos, es tierra ocre y grisácea, de ingrato barro. Leguas y leguas andanse por ella sin que la roca, escondida en las entrañas profundas de la tierra, asome á la superficie del suelo; leguas y leguas sin que se encuentre un árbol. Limitanla desabridos páramos y la surcan lentos ríos de cauce ondulante y variable, en cuyas márgenes se asientan los pueblos más ricos, rodeados de feraces vegas.

Las escasas piedras que, traídas de otras comarcas, hay en esta *Tierra de Campos*, se han venido utilizando desde tiempos remotos por centenares de generaciones. El sillar calizo, medio descompuesto, que protege hoy la esquina de una miserable casa de tapial contra el choque de los carros, fué tal vez hace millares de años piedra de un muro ibérico, dovela de puente romano más tarde, batiente luego de una puerta medioeval.

SAHAGÚN

Capitalidad real de esta tierra del barro es la villa leonesa de Sahagún. Bánaala el Cea y á escasa distancia corre el Valderaduey, fertilizando ambos ríos su término. Desde la parte más elevada del caserío se alcanza un dilatado paisaje



San Tirso

de llanura suavemente ondulado, cerrado a Norte por las montañas leonesas.

Ilustre historia tiene Sahagún. Como Toledo, al otro lado de la Cordillera central, en Sahagún se ve la huella del dualismo castellano de la Edad Media, del flujo y reflujo de las dos civilizaciones que se disputaban el suelo y el espíritu español. Era de un lado la civilización y la cultura extranjera — europea — importada por los Reyes y la nobleza y representada aquí por un insigne monumento de piedra casi completamente desaparecido: el Monasterio de San Facundo y San Primitivo. Era por otra parte la civilización oriental, el arte popular de los mudéjares, del cual dan testimonio en esta villa varios pobres templos de ladrillo. Aquí, como en Toledo, al lado del monumento de piedra, lujoso, rico, de arte extraño, elévanse las humildes iglesias de tierra cocida, de honda raigambre en el alma popular.

ANTAÑO

Fué en el siglo ix, en tiempos de Alfonso III *el Magno*, cuando la antigua capilla situada en la ribera del Cea, donde descansaban los restos de los Santos Facundo y Primitivo, reedificóse por el abad Alfonso, monje mozárabe emigrado de Córdoba, quien levantó también casas donde morasen los monjes y hospicio para recibimiento de peregrinos. La arquitectura cordobesa presidió á estas construcciones, que entonces los reinos cristianos, más impuestos en las faenas de la guerra que en las pacíficas labores de la cultura, pedían prestadas sus formas al arte andaluz, y monjes mozárabes fundaban numerosos cenobios en Castilla, en los que el arco de he-

rradura cobijaba los altares y decoraba las páginas de los códices de la Sagrada Escritura que en ellos se copiaban.

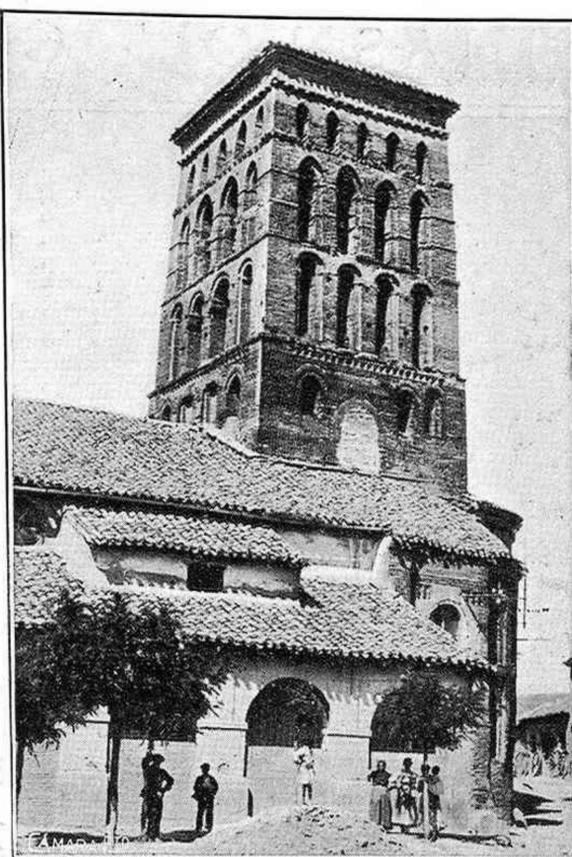
Poco más tarde, apagado el foco espléndido de la cultura cordobesa, los Reyes castellanos vuelven los ojos al Norte favoreciendo la introducción de la renaciente civilización europea. Tal ocurrió en el siglo XI, en tiempos de Alfonso VI, época en la que se produce en Castilla un intenso movimiento de germanización.

Uno de los Monasterios reformados entonces, fué este de Sahagún. Alfonso VI rogó al Santo abad de Cluny, Hugo, el envío de algunos monjes que enseñasen la religión, costumbres y ceremonias de aquel cenobio francés en el de los Santos Facundo y Primitivo, llegando á ser este Monasterio el foco de la influencia cluniacense en España.

Consagróse su iglesia en 1098, estableciéndose una villa á su alrededor. Para poblarla acudieron burgueses de todas partes, á los que se concedieron grandes privilegios. Como en Toledo, se encuentran en Sahagún gentes del Sur y del Norte, de las más diversas razas y religiones: castellanos, moros, judíos, gascones, bretones, alemanes, ingleses, borgoñones, normandos, tolosanos, lombardos, ligures.

Fué en este siglo XI y en el siguiente cuando levantóse la gran fábrica del Monasterio por obreros probablemente extranjeros, con piedra traída de lejanas canteras, con formas nacidas en el país franco. Así surgió, en medio de la villa de barro, entre el caserío de tapial y de ladrillo, este monumento insigne y exótico, el más importante Monasterio de Castilla y de León. En él enterráronse Alfonso VI y sus mujeres; colmado de mercedes y privilegios, llegó á poseer enormes bienes inmuebles, ejerció dominio sobre dilatados territorios y su abad llegó á acuñar moneda y á otorgar fueros tiránicos.

Mientras la realeza, el alto clero y los nobles protegían y ayudaban á la construcción del Monasterio, el pueblo, en el que aparecen pronto castellanizados los extranjeros, manteniéndose extraño á su edificación, ajena la aspereza del alma popular al arte románico francés primero y al gótico más tarde. El pueblo, para edificar sus templos, trabajaba con los recursos del país: ladrillo y toscas maderas, en su arte tradicional, y cuando busca inspiración fuera de sí mismo, vuelve los ojos hacia el Mediodía renovándose con influencias andaluzas. Dan testimo-



San Lorenzo

nio de ello en Sahagún cuatro iglesias mudéjares, de ladrillo, con armaduras de madera: San Tirso, del siglo XII; San Lorenzo y Santiago el Mayor, del XIII, y la Peregrina, del XIV. Sus muros y pilares son de la misma tierra removida para escavar sus cimientos; sus artífices, los obreros que viven á su alrededor; sus procedimientos constructivos, los sencillos y seculares de la región. La misma oposición que en la vida artística, dae en la historia medioeval de la villa. Toda ella es una serie inacabable de luchas, disputas, tropelías, crímenes y querellas entre el abad y los monjes del Monasterio, señores de Sahagún, los burgueses deseosos de conquistar las liber-

tades municipales y los villanos y mezuquinos, yunque siempre dispuesto á los golpes de los otros dos bandos. Las Crónicas nos cuentan detalladamente estas largas luchas.

EN EL SIGLO XX

Hoy, de tan insigne y opulento Monasterio, de aquella espléndida fábrica labrada en piedra con grandiosidad y lujo extraordinarios, tan sólo ruinas insignificantes quedan. Vendido como bienes nacionales en el pasado siglo, cuando la Desamortización, derribóse, y sus sillares esparciéronse por caminos y lugares, convertidos muchos en polvo de carreteras.

Quedan en cambio casi intactas las viejas iglesias de material tan pobre y deleznable como es el ladrillo. Sus torres elevanse sobre la llanura, cobijando las campanas que llaman á los fieles al Santo Oficio. Los templos humildes han sobrevivido al lujoso, y en ellos arrodillanse aún hoy los devotos, mientras las naves del Monasterio son un yermo solar.

Sus burgueses y villanos viven en paz. El tiempo encargóse de ir fundiendo gentes extrañas y dulcificando antagonismos. Castilla acabó por imponer á todos su fuerte acento. Por allí no pasan ya gentes de remotas tierras camino de Compostela. En las noches serenas todavía se ve en el Cielo la faja blanquecina—Vía láctea—que guiaba á los peregrinos de antaño, pero hoy día no es simbólica trayectoria para los devotos.

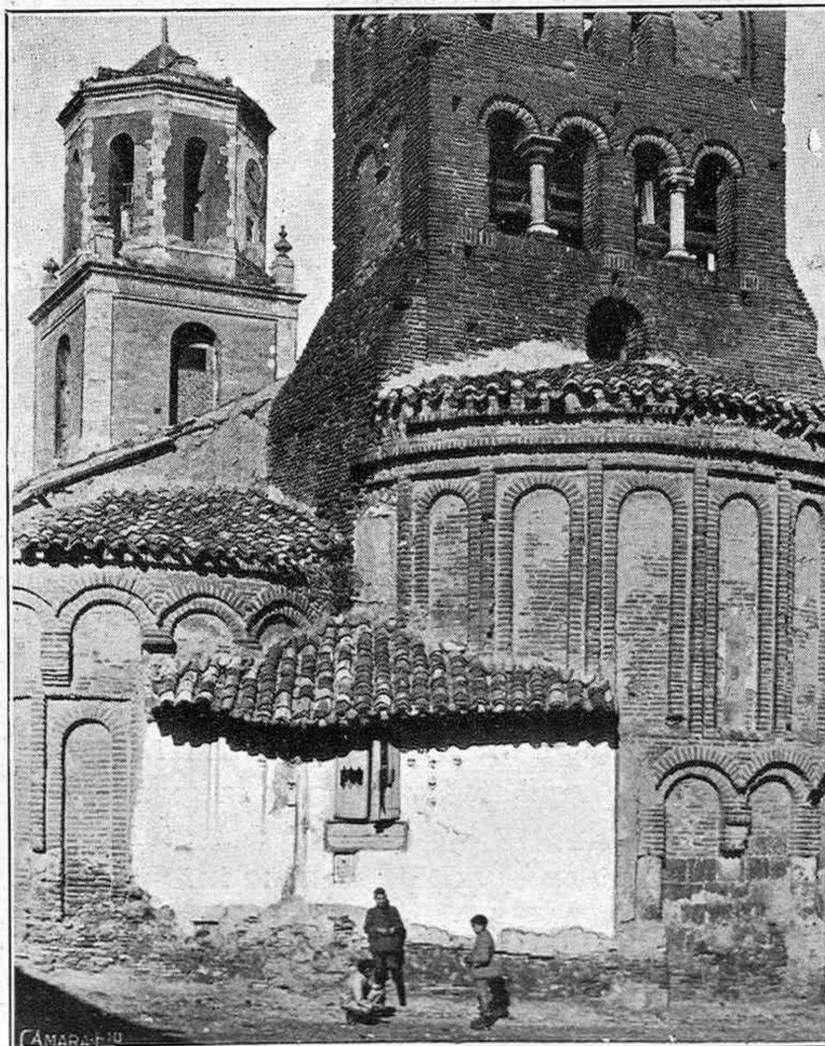
Sahagún vive en calma y quietud, dedicada á los nobles afanes de la agricultura. Al comienzo del Otoño, en los días dorados y serenos de Octubre, cuando el trigo está ya en los graneros y empieza á recogerse el fruto de las vides, parece vivirse aún en los remotos tiempos de Alfonso VI, cuando dice una vieja Crónica anónima: «Cada uno había paz y se gozaba de gran seguridad, y los viejos se sentaban alegremente bajo su vid é higuera tratando con gran placer de la paz, la cual entonces mucho resplandecía; los mancebos y vírgenes traían grandes danzas y alegres bailes en las encrucijadas de los caminos, habiendo gran placer y tomando consolação de la flor de la juvenil edad, y la tierra misma se alegraba de sus labradores, como ellos se gozaban de la misma tierra...»

LEOPOLDO TORRES BALBÁS

FOTS. DEL AUTOR



Las ruinas del Monasterio, y San Tirso al fondo



Torres de San Tirso y del Monasterio

PÁGINAS POÉTICAS



NOCHE ESTRELLADA

*Es la noche serena, estrellada, profunda.
 Absorto en la visión de su inmensa grandeza,
 contemplo el mar en sombras del espacio
 y la suave dulzura de la Naturaleza.
 Dentro de aquel celeste mar abierto,
 que la noche de sombra espesa inunda,
 navegan las estrellas
 con rumbo hacia un lejano desconocido puerto,
 y, cual las naves dentro del horizonte incierto,
 parece que están quietas y siempre avanzan ellas.
 ¡Toda la abrumadora inmensidad del cielo
 se inmerge en lo profundo de mi alma interrogante!
 Miro el dulce paisaje en todas direcciones,
 y no duermen ni el árbol ni la flor olorosa,
 sino que en una humilde actitud religiosa
 reciben, con silencios de místicas unciones,
 el bautismo nocturno de las constelaciones...*

*Queriendo hallar en esos momentos fugitivos
 el paso de las almas de los muertos
 —hermanas de las almas de los vivos—,
 aguzo los sentidos sutiles y despiertos,
 y entonces, saturado de misterio y grandeza
 é invadido mi espíritu de misticismo ardiente,
 lanzo vibrante un grito
 hacia el celeste piélago infinito,
 un grito que se pierde desamparado y solo,
 como el llanto de un niño balbuciente,
 en los helados páramos del polo.
 ¡Oh, angustia lacerante, indefinible!
 No existe una amargura como ésta:
 ¡Interrogar, ferviente, á lo Invisible
 y no poder jamás tener una respuesta!*

Manuél MUNO A

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

DANZARINAS MODERNAS



Las gentiles y admirables bailarinas hermanas Corio en varios momentos de sus más sugestivos bailes.
FOTS. CALVACHE

DURANTE la brillante actuación artística de la Compañía de Esperanza Iris, en Madrid, se presentaron a nuestro público las hermanas Corio, dos bailarinas que á la distinción y la elegancia de sus figuras unen un arte sutil y exquisito en la interpretación de las danzas modernas. Contratadas luego por Martínez Sierra para el Teatro Eslava, han hecho recientemente su presentación en este coliseo, sobre cuyo escenario triunfan diariamente tejiendo sobre las tablas los hilos bellos y complicados de las más originales creaciones en el moderno arte de bailar. Nosotros publicamos algunas fotografías de estas bellas artistas en varios de sus más aplaudidos bailes, y en los cuales triunfa todo el arte con que saben esaltar sus danzas.

Las nuevas y gentilísimas estrellas, por su arte exquisito y por la elegancia y gusto de sus toaletas, reinan en el favor del público de Eslava, que ha puesto su corazón á los pies de las artistas como una ofrenda de admiración.

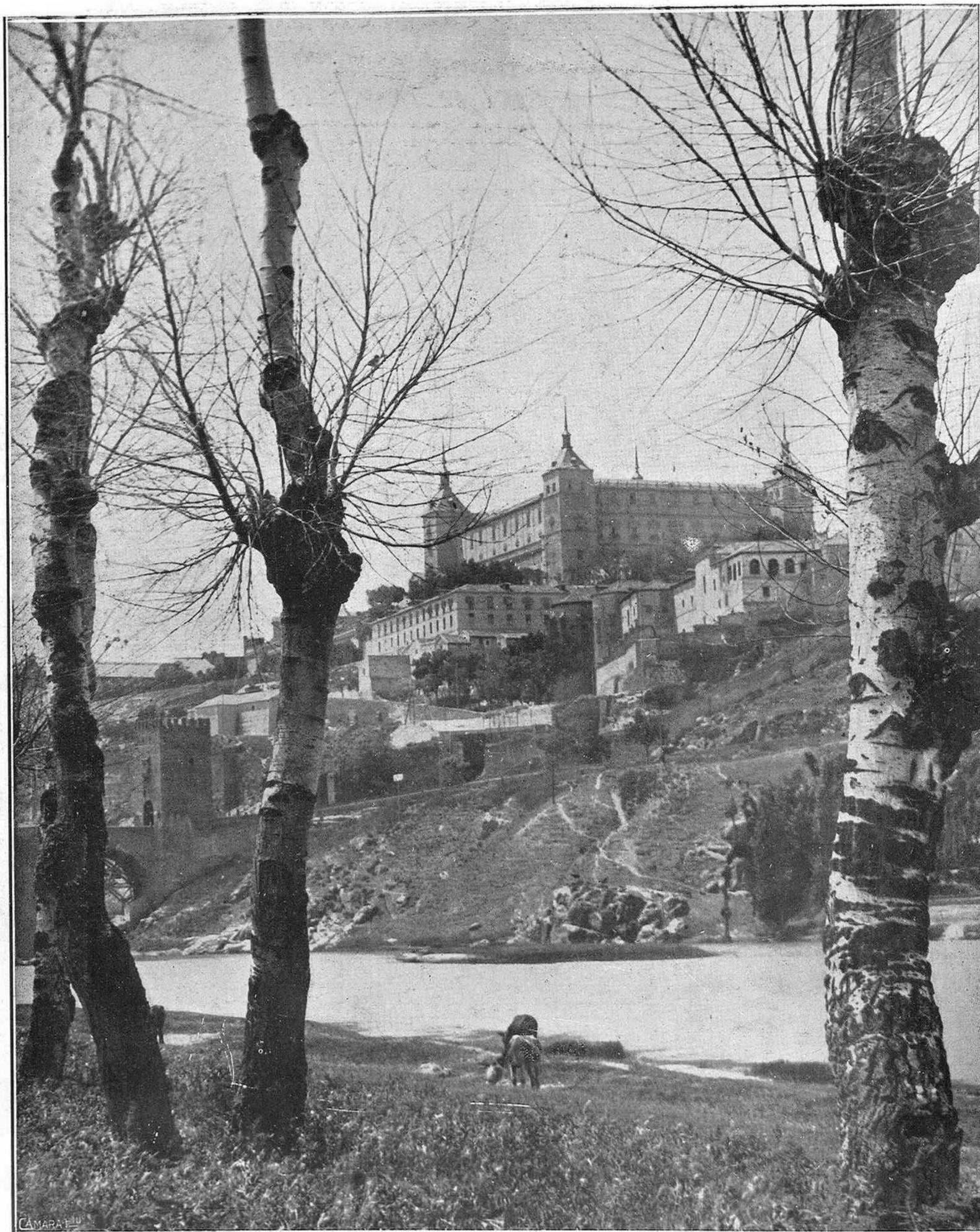
LA PINTURA VALENCIANA



VALENCIA

Cuadro de Bartolomé Mongrell, que figuró en el "Salón de Otoño" de 1920

TOLEDO



Para el poeta Antonio Mediz Bolío

¡Toledo, hidalgo y fuerte! ¡Tu nombre suena á acero.
Semejan tus tres sílabas los choques de una espada.
Eres el alma toda de nuestro Romancero:
el alma de Castilla en ti petrificada!

Las razas que cruzaron tu recinto altanero,
con sus áureos cinceles hiciéronte sagrada.
Artístico poema de un pueblo caballero,
en él es una estrofa cada piedra labrada.

¡Tu catedral de encajes, tu alcázar, tus callejas,
tus pincones románticos, tus soñadoras rejas,
de tu noble pasado al alma están hablando;

que en tus piedras palpita todo cuanto has vivido,
y en tus muros el Tiempo parece detenido
cual si en ti se quedaran los siglos meditando!

Mariano DE LAS CUEVAS GARCÍA

FOT. HIELSCHER

LO QUE PUEDE MAS

Al terminar su tocado, Leonora se contempló en el gran espejo del ropero. Y sonrió, con esa sonrisa plena, satisfecha y halagadora que las mujeres sólo saben tener para sí mismas.

Se gustaba la nena, con aquel vestido de una moda arcaica y fastuosa: de la gran falda de seda antigua, hueca y pomposa, semejante al cáliz invertido de una flor, emergía de la cintura, como del aro de una sortija, el busto magnífico, de suavísimas y bien cinceladas turgencias carnales; del vértice del escote, el pecho ascendía en dulce colina de nácar hacia la gallarda morbidez del cuello, que tenía la lechosa transparencia de la carne de los nardos...

Los ojos de la nena centelleaban de alegría, engarzados como dos vivas esmeraldas en las violetas de sus ojeras juveniles, cárdenas flores de Afrodita; sonreían sus labios, pulpa encendida y jugosa en forma de corazón...

Leonora, con aquel traje á la moda romántica de mediados del siglo anterior, recordaba, mirándose, una preciosa miniatura en marfil, reliquia familiar, con el retrato de su abuela, la noble condesa de Albiar, que vivió en la época lírica y heroica de los alzamientos y las revoluciones, y que fué amada de un gallardo capitán de dragones franceses, y por la que se batió en duelo un gran poeta que le ofendaba madrigales mientras en las barricadas madrileñas peleaba por la Constitución deceañista...

Había sido un gran acierto de su madre la elección de aquel disfraz para el baile de trajes que aquella tarde se celebraría en el Casino, fiesta de caridad organizada por la piadosa marquesa de Nuevaldea, la más opulenta aristócrata de la provincia...

Era, además, la primer fiesta mundana á que Leonora concurriría, después del luto por su padre. Hacía aquella tarde su presentación en aquel ambiente reducido, estirado y pretencioso, que se llamaba la «alta sociedad», en la vieja capital de provincia, levítica y mojigata.

¡Con cuánta ilusión había aguardado la nena esta fecha! Con toda su alma llena de ansias había asistido á la confección de su tocado, que la más hábil modista de la ciudad había dispuesto bajo la dirección cuidadosa de su madre.

Eran tan raras las ocasiones de lucimiento que la vida monótona de la ciudad deparaba, que aquella fiesta benéfica y mundana había adquirido proporciones de acontecimiento solemne. Desde un mes antes, no se hablaba de otra cosa que del baile de trajes del Casino, y todas las lindas cabecitas de las féminas provincianas habían soñado con él...

Miró el reloj, de péndulo dorado y sostenido por dos amovillos de bronce, que tenía sobre el mármol del tocador: eran las cuatro menos cuarto.

Dentro de quince minutos, sus primas irían á recogerla á ella y á su madre, que las acompañarían al baile. Fué á salir del gabinete:

—Mamá ya estará arreglada—pensó.

Y volvió á dirigir una última mirada al espejo, ponderando cuán bien rimaban las galas señoriales y arcaicas con su pálida belleza aristocrática.

—¡Señorita, una carta!

Se la brindaba la doncella, que acababa de entrar en el gabinete.

Al tomarla entre sus dedos, le dió un vuelco el corazón: en el sobre, enlutado, había reconocido la letra de su tío Gaspar, con el que vivía en Madrid su hermano Enrique, estudiando para

ingeniero. ¿Qué ocurriría que justificase el luto de la carta?

ooo

Devoró la misiva con la vista, haciendo inauditos esfuerzos por no estallar en sollozos.

El tío Gaspar le comunicaba, con toda clase de preliminares consuelos, la horrenda desgracia inesperada: Enrique, el hermano mayor de Leonora, había muerto el día antes, trágicamente destrozado, al salir de su casa, por las ruedas de un automóvil...

Tío Gaspar no había querido telegrafiar la triste nueva, para evitar á su hermana—propensa á los accidentes cardiacos—la terrible impresión... En la carta encargaba á Leonora de preparar el ánimo de su madre para la dolorosa noticia...

ooo

Todo frustrado—meditó, rápida, Leonora—por la imprevista catástrofe. ¿Cómo decir á la anciana madre, que esperaba acompañarla á la fiesta, que el hermano había muerto?

Contempló la nena con dolor su traje magnífico, sus joyas fulgurantes, su propia espléndida belleza...

La carta terrible parecía haber llegado, consciente de su oportunidad fatal, á deshacerlo todo... Ni en el baile podría lucir aquel tocado con tanto amor y tanta ilusión compuesto, ni sus pies se deslizarían, raudos, al ritmo de un vals armónico, ni sus oídos escucharían los dulces madrigales que aguardaban... Otra vez el luto, el



aislamiento en la vieja casona durante días y días... Retrasada de nuevo por la Fatalidad la ocasión de fiesta y de lujo que tanto la hizo soñar...

Otra vez á la puerta del gabinete, sonó la voz de la doncella:

—Señorita, sus primas han llegado ya. La aguardan abajo, en el coche. La señora está ya dispuesta...

ooo

¿Qué pasó por el alma de Leonora? ¿Qué demonio imperioso y tentador le vertió en el pensamiento la resolución? ¿Qué voz insinuante y poderosa le aconsejó aquello?

«Atrévete—le pareció escuchar en el corazón y en el cerebro—. En tu mano está que todo no sea un sueño... El placer te espera. Retrasa por unas horas el dolor... Vive, triunfa, aunque sólo sea un minuto...»

Rápida, tomó del suelo el sobre que, por fortuna, había despegado sin romperlo. Metió en él la carta, volvió á cerrarlo humedeciéndole los bordes, y llamando á la doncella le dijo:

—Toma, Matilde. Que nadie sepa que ha llegado esta carta. Cuando volvamos, me la entregas y dices que la trajeron enseguida de marchar nosotras...

Se miró por última vez al espejo, y salió taconeando gallardamente por el entarimado pasillo...

JULIÁN FERNÁNDEZ PIÑERO

DIBUJO DE IGUAL RUIZ

GENTE "BIEN"



ESTÁN juntos, y sin embargo parecen muy separados unos de otros... En la aristocrática reunión falta ese calor cordial, esa animación sentimental que tienen las tertulias familiares en las casas modestas, en torno de la «camilla» clásica ó al dulce resplandor de la lámpara en el comedor ó al reflejo de la chimenea hogareña en las veladas invernales...

El artista, al interpretar la tertulia «bien», nos transmite una impresión de frialdad. Vedlos: el viejo caballero mira á través de su monóculo con un gesto de burlona impertinencia... Debe de estar muy aburrido, dentro de su frac impecable...

El joven señor tampoco se encuentra bien en el salón lujoso del aristocrático hogar: piensa en el club con sus largas mesas verdes de *baccarat* ó en el palco desde donde se contemplan las rosadas desnudeces de una cancionista...

Esta damisela que muestra su fino perfil de medalla tiene también la mirada fija, con esa fijeza inconsciente de quien piensa en algo muy distante...

Notad que no se miran unos personajes á otros, que no hay entre ellos esa corriente simpática que dan los ojos al fijarse mutuamente en los rostros...

¡Y esa figura de mujer sentada en el magnífico butacón! Cruzada de piernas, con la mano en la mejilla y la mirada vaga... Su blanco pecho desnudo, debe aletear con el ritmo tranquilo de un sueño... ¿Piensa? ¿Recuerda? ¿Sueña acaso? ¿Tras qué imposible anhelo, tras qué bello ensueño frustrado ó qué esperanza de futura felicidad van sus pensamientos, lejos de la rígida etiqueta y el fausto de este hogar donde no hay calor de nido?

DIDUJO DE MARÍN

GENTE "MAL"



El tugurio es como una de esas tabernas de película policiaca donde unos apaches de indolentes ademanos felinos y gestos desdeñosos distraen sus ocios con aventureras, de maneras desgarradas, que beben con avidez y fuman con desgano, dejándose luego caer de bruces sobre las mesas con laxitudes de bestias cansadas...

Esa escalera de ruidos peldaños parece estar esperando la llegada del detective audaz, á cuya aparición la siniestra banda sorprendida empezará una desesperada defensa, durante la que brillarán con destellos azulinos las facas y caerá hecha añicos de un balazo la gran lámpara de petróleo que ilumina el hostal...

Así es esta taberna trazada por la pluma de Marín. En ella, un hamón—como un «ex hombre» gorkiano—busca en un vaso de mal vino el olvido de todos los dolores de su ancianidad lamentable.

Al fondo, bajo la mirada de un grueso bebedor que con la botella en

la mano es como una imagen del Baco clásico, se ven dos viejos mendigos que tal vez se cuentan en voz baja una larga historia de miserias y picardías.

En primer término, sentado sobre la mesa, fuma su pipa un bigardo meditando quizás las consecuencias de una añeja ratería ó las probabilidades de un nuevo golpe de mano que podría darle la riqueza.

Y junto á él, un despojo del pecado, una triste figura de mujer en actitud de supremo desfallecimiento... Es como el alma del tugurio. Entornados los párpados, una mano en la sien, tal vez la mujer—como aquella magnífica *Maestá* benaventiana—evoca los días pretéritos y juveniles en que las fragantes gracias de su cuerpo eran como joyas de tentación para el amor de los hombres...

Ahora, la hembra envejecida y deshecha es como un símbolo en esa guarida de «gente mal» donde palpita el dolor.

DIBUJO DE MARÍN



Quando transito por nuestras calles,
y en pos del "piri" corriendo voy,
rezo á la excelsa Virgen del Tránsito,
entre suspiros, esta oración.

Virgen y mártir, Reina y Señora,
dulce consuelo del pecador,
sol deslumbrante que el mundo alumbra,
Santa María, Madre de Dios,
la que entre nubes de ópalo y grana,
la que entre rayos del áureo sol
se asoma al mundo de los mortales
y á sus pecados brinda perdón...

Madre y Señora, no me abandones,
desde los cielos oye mi voz,
cuando me veas por nuestras calles
del noble "piri" volando en pos.

Líbrame, ¡oh, Madre, santa y bendita!,
del automóvil raudo y veloz,
que en las aceras se mete, altivo,
porque á los jueces jamás temió,
y hace tortilla del transeunte
que por las calles tuvo el valor
de ir, olvidando que todo chófer
tiene, aunque mate, la absolución.

Líbrame, ¡oh, Madrel, de los tranvías
que por la Corte circulan hoy
"al nueve" siempre, y además de esto
con salvavidas, que es lo peor.

Líbrame, ¡oh, Madrel, de cuantos hoyos
por nuestras calles mirando estoy,
para que en ellos, ¡ay!, no me estrelle,
si por desgracia falta el farol.

Líbrame, ¡oh, excelsa Virgen del Tránsito!,
pues tu ferviente devoto soy,
y entre suspiros hasta ti elevo
las suaves notas de esta oración,

de la audaz "moto" que por las calles
entre las gentes siembra el terror,
y arroja todo cuanto á su paso
por su desgracia se colocó.

Líbrame, ¡oh, Madrel, de los jinetes
que por la propia Puerta del Sol
van galopando, sin que haya nadie
que, ante el abuso, les grite: "¡Sol!"

Líbrame, ¡oh, Reina!, de los rapaces
que con las postas del tirador
al transeunte saltan un ojo,
sin que el delito tenga sanción.

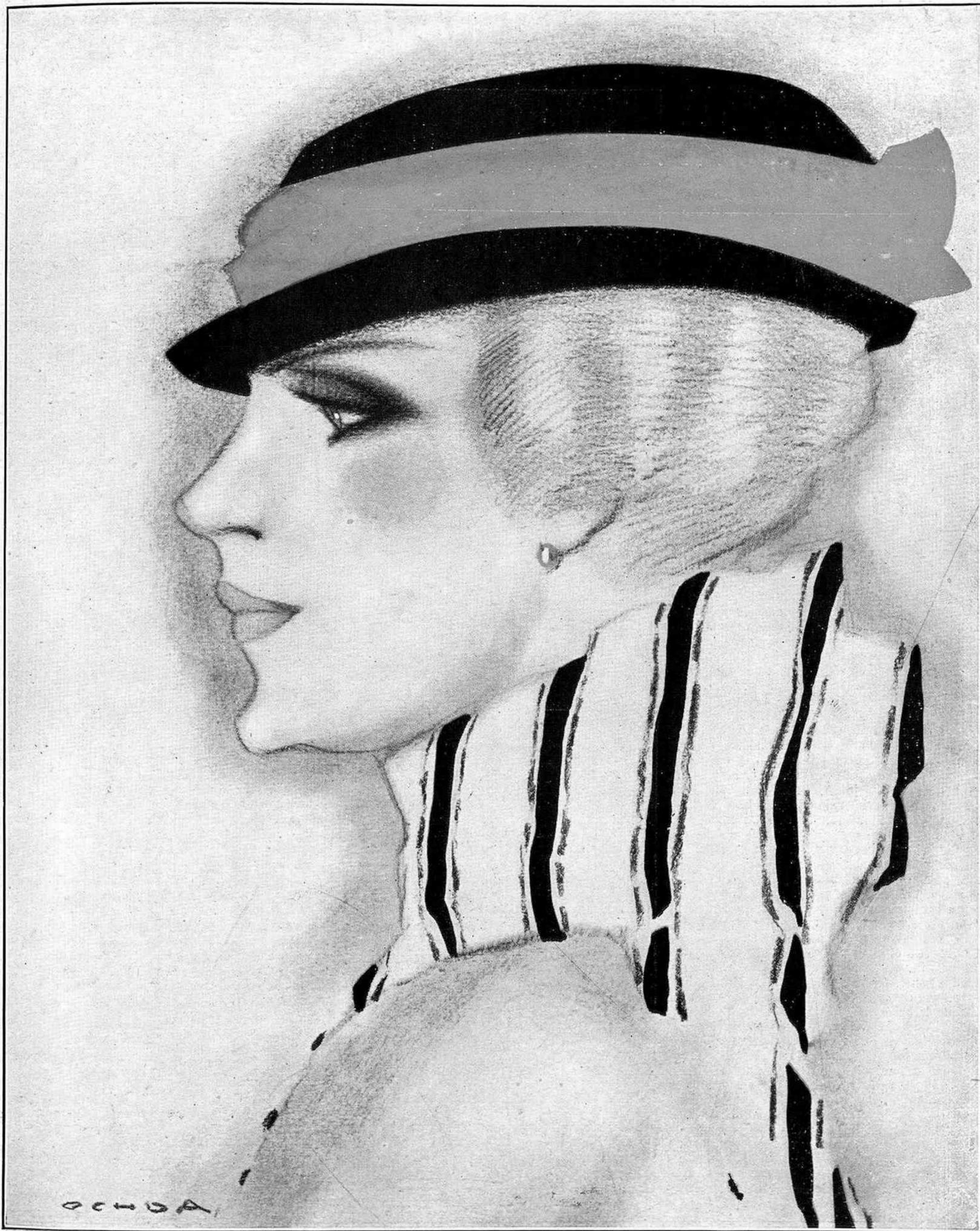
Líbrame, ¡oh, Madrel, de los aurigas
que van corriendo de un modo atroz,
y al transeunte dan un disgusto,
y si protesta, ¡como si no!

Por estas causas, cuando á la calle
en pos del "piri" corriendo voy,
rezo á la excelsa Virgen del Tránsito,
entre suspiros, esta oración.

Manuel SORIANO

DIBUJO DE ROBLLEDANO





HACE cincuenta años, Clara—madrileña é hija de artesanos—hubiera sido una de aquellas cigarreras majas y desgarradas que D. Ramón de la Cruz habría retratado en un sainete...

Hace quince, hubiera sido una de esas modistillas chulas y sentimentales que, en bandadas, á la hora clara del mediodía, florecen de vivos madrigales las aceras madrileñas.

Pero la nena vino al mundo con su siglo y es ahora «la señorita Clara»; una de esas muchachitas á la moda, muy resueltas, muy yanquilizadas, que han hecho su aparición en la vida mo-

derna sentadas, como en un trono, sobre el teclado de una máquina de escribir...

La señorita Clara es mecanógrafa; una verdadera mecanógrafa de película norteamericana, ágil, activa, hormiga del *comptoir*, mariposa de la secretaría, cigarra de las grandes oficinas, que viste por patronos parisinos y habla sin miedo del amor, y gana su vida, y lee, sin ocultarse, novelas de las que antes los papás prohibían hojear á sus herederas.

Además, la señorita Clara ama el *cine* con fervor de fanática. Y, en secreto, está enamorada

de Douglass Fairbanks, el estupendo héroe del *film*... Por eso, quizás, la señorita Clara, en algún momento en que su jefe la deja libre de la correspondencia comercial, se sienta ante el teclado de su máquina y empieza á copiar de un libro de versos:

La prin-ce-sa es-tá tris-te

(*Prinn!*... Es que hay que hacer retroceder el carro de la máquina para escribir en otro renglón.)

¿Qué ten-drá la prin-ce-sa?...

DIBUJO DE OCHOA

MIRANDO AL PASADO
LAS ALAMEDAS DE LA FLORIDA

En lo más bajo de la quebrada cuesta de Areneros, pasadas unas derruidas tapias monacales, abríase una luenga calle, donde los árboles formaban bóveda, y á cuyo final extendía soberbiamente su belleza el jardín versallesco que precedía á la quinta más rica de Europa. Aquello era la Real Florida, como eran de ensueño las alamedas que formaban el parque maravilloso, del que apenas hoy queda un modesto rincón.

Junto á los enhiestos y melancólicos cipreses, abríanse los macizos de variadas flores. Entre los zócalos de boj se descubría una estatua de mármol. Bajo un frondoso arco de ramaje, la fontana secular esparcía su agua, al caer del surtidor, á la taza de granito. Jardín de poesía, jardín de un cuento de hadas, que recibió la visita de Carlos V, mitigó los quebrantos de Don Enrique el Doliente y endulzó la niñez de Isabel la Católica.

Ribera del Manzanares, orillas poemáticas, que han conocido las ninfas ensalzadas por los trovadores madrileños. Gala de la villa, márgenes encantadoras, que, á través de los siglos, todavía son contento de la juventud enamorada. Recinto placentero, donde los poetas pulsaron inspiradamente la lira. Ribera que ha servido y sirve de burla; pobre, humilde, descuidada, pero de un paisaje singular, único; de una luz sorprendente; de un color desesperante; de un carácter tan típico, tan castellano, tan castizo, tan nuestro, que á su sola evocación la fantasía recoge las más acertadas ideas y, con una facilidad extremada, las lleva al cuadro, á la cuartilla ó al pentágono. Tal este artículo y todos aquellos trabajos míos, inspirados en la ribera, que sin asunto determinado salen al correr de la pluma, lo mismo que se desliza el agua del río...

¿Qué tienen que ver con el alma y la historia de la Florida las aguas sucias, la ropa que allí se lava y el chismorreó de las lavanderas? Después de todo, la charla tiene todo el fuego y todo el donaire de la agudeza maja. Verdades como puños. Cosas que ya se han dicho en los patios de vecindad. Lenguas desatadas. El pícaro comentario de las tertulias caseras. ¿Qué tiene esto que ver? Al fin y á la postre, después de la penosa tarea, había jaleo, broma, fandango. También las lavanderas reían y cantaban, como la gente joven que bailaba al son de las guitarras.

Baile y contento, bota y merienda; expansiones que compensan las tristezas de la vida. La mocedad que, con el vino y la jácara, espanta las penas. La majeza, que ponía su mejor entusiasmo en los panderós y en las seguidillas; la que sabía abreviar y endulzar las horas; la que trabajaba con ahinco; la del rumbo; la que lo mismo se partía el corazón por sus amoríos, que se dejaba matar en las barricadas.

Estos fueron los principales personajes de la ribera; los que de continuo paseaban por las alamedas de la Florida.

Y floridas eran las orillas del río, como aquellos contornos y aquella vasta posesión de los duques de Alba.

En el campo, hacia la ermita de San Antonio, las meriendas, los paseos de invierno, los cenadores de las noches de verano, los baños, las arenas codiciadas, las verbenas y romerías. En el palacio, la fachada, adornada con bustos romanos; la escalera, de nogal y cobre; la tribuna para la orquesta; las arañas; las paredes, de seda y oro; los retratos de Hernán Cortés, de Garcilaso, de Herrera, de Colón y de Velázquez. En el contorno, la fábrica de porcelana que estableció Fernando VII, famosa por la excelencia de sus ánforas y alcarrazas. Y allí mismo, el cementerio donde yacen los fusilados el 2 de Mayo de 1808.

¡Cuánta anécdota y cuánta leyenda! El 13 de Octubre de 1789 se firmaba en ese palacio el nombramiento de ministro de capa y espada del Consejo de Hacienda á favor del padre de Godoy; Godoy, aquel galante favorito que paseaba por las alamedas de la Florida en una magnífica berlina, tirada por seis caballos con ricos arneses. Por esta época, la Calcografía Real adquiría los cobres de los caprichos de Goya, y el palacio de la Florida ardía una vez más, después de celebrarse una gran fiesta y salir los convi-



“Escena campestre en San Antonio de la Florida”, cuadro de Esteban

dados, á los que la duquesa de Alba dijo: «No quiero dejar á otros el gusto de venir á quemar mi casa; voy á hacerlo por mi propia mano.»

La majeza que merendaba en las alamedas hacía coro á Zaragata, el ciego jacarero que llevaba por lazarillo á Inesilla, con su zurrón lleno de coplas y letrillas, que lo mismo calmaban las debilidades nerviosas de damas y galanes, que referían humorísticamente la muerte de Don Simplicio.

Reían todos. Risas y cantares alegraban las

alamedas de la Florida. Los enamorados ahuyentaban al Diablo y recibían las bendiciones del glorioso San Antonio de Padua, que se veneraba en la ermita cercana; la ermita pobre, humilde, blanca como una paloma, adornada de rosas y azucenas.

Como la ermita iban las novias: coronaditas con rosas y azucenas; coronaditas como la Virgen de la Paloma; coronaditas como la Reina María Luisa.

ANTONIO VELASCO ZAZO

LOS HIJOS DE "FIGARO"

DOÑA ADELA DE LARRA
Hija de "Figaro"

CUANDO el suicidio de *Figaro*, remate de su corta vida de gloria y de dolor, conmueve á todos, nadie piensa en su viuda, que es aún casi una niña, ni en los tres hijos que dejó Larra. El les lega su nombre y sus cualidades. Luis Mariano, el mayor de los tres, y el único varón, es el heredero de la sabiduría del padre, de su gran dignidad y de su alteza de miras. Adela, que es aquella niña que

vive con su padre y es la primera que lo ve muerto, hereda la elegancia, los refinamientos, los gustos aristocráticos, la delicadeza. Baldomera es un espíritu batallador, indomado, rebelde.

La situación de la familia no puede ser peor, económicamente. La Reina Cristina, á la que ha visitado poco antes de su muerte el escritor insigne, y que tiene una alta idea de su talento, concede una entrevista á la viuda, y da á Luis Mariano una plaza en las Escuelas Pías; pero éste no llega á disfrutarla.

Las dos niñas crecen al lado de su madre. Son inteligentes, bellas, y ambas se casan muy jóvenes. Adela, con D. Diego García Noguera, y Baldomera, con D. Carlos Montemar, que fué médico del Rey Don Amadeo de Saboya.

La suerte de las dos hermanas es diversa en el matrimonio. Adela es feliz; ocupa una posición envidiable y ostenta un desmedido lujo. Sus encajes, sus joyas y sus trenes compiten con las damas más suntuosas de su tiempo, como la duquesa de Fernán Núñez, á la que eclipsa en el Prado y en el teatro. Su belleza le hace tener los sobrenombres de *la bella señora del lunar*, *la graciosa señora de las patillas* y *la Patillera*. Merced al cargo que su cuñado tiene en Palacio, la familia goza del favor de Amadeo, Príncipe demócrata y amigo de la belleza y del arte.

Con la abdicación de Amadeo, su médico se ve en la necesidad de marcharse á América, y Baldomera se queda en Madrid, sola con su numerosa familia. Uno de sus hijos enferma, y la infeliz mujer se ve en la necesidad de recurrir á una de esas prestamistas tiranas, cuya raza no se ha extinguido, y solicita un préstamo, ofreciendo el ciento por ciento de intereses. «Si usted me da una onza—le dice—, yo le devolveré dos.» La mujer acepta el negocio y, en cambio de los diez y seis duros recibe treinta y dos á fin de mes. Las comadres de la vecindad comentan el caso y, despierta la codicia, acuden á explotar á la infeliz mujer necesitada, ofreciéndole dinero en las mismas condiciones... Baldomera está arruinada; ve á sus hijos en la miseria; el marido está ausente; el hambre amenaza. Esta mujer, á la que injustamente se toma como el tipo de la explotadora, es mucho menos culpable que todas las personas que acudían en tropel á dejarle su dinero, deseosas de estafarla, de robarla, y que luego aparecieron como víctimas, como engañadas, como *personas decentes*. Baldomera, lanzada en ese camino, sentía el vértigo, y no podía retroceder. Con el dinero que unos le llevaban pagaba las primas de los otros. Tan poco engañados estaban la mayoría de sus explotadores, que contaban con la prisa de llegar á imponer fondos como elemento de triunfo.

Doña Baldomera tenía su oficina en la plaza de la Paja, y vivía espléndidamente en la calle del Sordo, 29. Tenía abono de coche y de todos los teatros.

La catástrofe sobrevino el 4 de Diciembre

de 1876. Ya se debía murmurar algo, porque en la declaración—que he visto en autos—de un carbonero, que le había entregado dinero, consta que le dijeron que D.^a Baldomera se había fugado, y él fué á verla, y como le preguntase qué deseaba, y él le dijese la verdad, ella repuso: «Pues ya me ve usted aquí; y el que quiera, que venga.»

Bastó que no se presentase un día en la oficina para que el Juzgado ordenase su procesamiento y registrase su casa.

Puede calcularse el escándalo en todo Madrid, pues era extraordinario el número de personas que tenían dinero en la Caja de Imposiciones de D.^a Baldomera.

Según investigación judicial, lo satisfecho por ella, en concepto de intereses, desde 1.^o de Mayo á 30 de Octubre de 1876, importaba 5.968.216 reales, lo que supone, al 30 por 100, un capital de 19.894.053.

Todos reconocieron que D.^a Baldomera era mujer de buena conducta, y uno de los oficios de la Policía, dirigido al juez, dice: «Siempre ha cumplido todos sus compromisos; pero eso no conviene decirlo.»

D.^a Baldomera no se llevó la gran cantidad de dinero que se ha supuesto. Sus negocios no eran buenos, y huyó, no por estafar, sino por miedo á su situación. En vez de llevarse el dinero que tenía en su poder, dejó grandes cantidades á D. Saturnino Trueta, para que los distribuyese entre los más necesitados.



La madre del ilustre actor Fernando Ossorio, que aparece de pie detrás del grupo, con sus hijas.—En primer término, á la derecha, doña Cristina, y á la izquierda, su esposo, Luis Mariano de Larra, que tiene en brazos á su hijo Mariano, el ilustre actor. En brazos de la nodriza, el autor Luis de Larra

Guardaba el secreto de su especulación, diciendo que era «como el huevo de Colón»; pero no pedía fondos ni daba garantías. Y cuando alguien le preguntaba las que podía ofrecer, respondía audazmente:

—¿Yo?... El viaducto.

Estuvo diez y ocho meses en el extranjero, y, al fin, vuelta á España, ingresó en la Cárcel de Mujeres, de Madrid. Enfermó, y tuvo que pasar al Hospital, donde la recuerda aún el ilustre doctor D. Francisco Huertas.

Era una mujer simpática hasta á sus enemigos. Multitud de pliegos, de esos grandes pliegos amarillos que forman los legajos judiciales, he visto cubiertos de firmas declarando que ha cumplido honradamente con los firmantes. Hay una exposición al ministro, y declaraciones en las que todos dicen que no es delito el que D.^a Baldomera no estuviese autorizada por su marido,

puesto que lo sabían y estaban conformes. Hay quien ha impuesto grandes cantidades, y dice: «Aunque las perdiera, no tengo derecho á reclamar, porque sé lo que hago.» Hay hasta quien le llama «nuestra generosa protectora».

El mártir de todo esto es Luis Mariano, literato notable, hombre de honor, trabajador y severo, que enaltece el nombre de su padre.

En su rectitud, repudia á sus dos hermanas, rompe todo trato con ellas. Adela no entra en su casa más que el día de la muerte de su madre, y eso sin encontrarse con él. Descendientes suyos me han contado esa visita. Era Adela aún bella, delicada y fastuosa; vivía en el seno de una familia feliz, y sus hijos adoraban en ella. Conservaba aquella pasión por los refinamientos, los vestidos suntuosos, los perfumes y las elegancias que había heredado de su padre. Adela no se atrevió á pasar de la puerta de la alcoba de la moribunda; el espectáculo de la muerte era demasiado duro y cruel para su espíritu de niña. Vestida con un traje de terciopelo negro, forrado de raso blanco y adornado de encajes, blancos también, amplio, de larga cola, Adela estuvo en la antesala, sufriendo su dolor como una extraña en la familia.

Más severo aún fué Luis Mariano con Baldomera: la arrojó de la familia, la borró de ella, y más tarde, cuando desgraciada y vencida se hizo perdonar su ligereza—que no era más grave su pecado—, Luis Mariano le cambió el nombre. Su hermana Baldomera había muerto y ocupaba su lugar la *tía Antonia*. Con ese nombre la conocieron todos los descendientes, que no tuvieron idea de que hubiese nada de común entre ellos y D.^a Baldomera, y mucho menos que la dulce y bondadosa *tía Antonia* era aquella mujer tan tristemente célebre.

Luis Mariano sufrió la tragedia de sus hermanos y del suicidio de su padre. Su glorioso apellido era como un peso insuperable que sus enemigos arrojaban sobre él, llamándole *Larra el malo*, cuando no se le debía comparar con su padre, como no se pueden comparar otros escritores.

Luis Mariano fué un buen autor dramático, tuvo éxitos y llegó á acaparar el cartel de todos los teatros de Madrid. La fortuna que no logró su padre, la realizó él. Empezó á construirse una casa, y cuando estaba á medio hacer pensó que estaría mejor en la acera de enfrente, y la demolió para edificarla en el otro solar.

La fortuna atrajo sobre él la envidia. Quisieron hacerle cómplice de D.^a Baldomera, y á tal punto llegó la animosidad, que sus obras se silbaban sin oír las.

Luis Mariano no quiso luchar, y se retiró á su casa de Valdemoro, con su familia, que lo adoraba y le llamaba cariñosamente *Cocó*.

Luis Mariano estaba casado con una mujer hermosísima, excelente actriz, hermana de los grandes actores Manuel y Fernando Ossorio, que fué la intérprete de las obras de Larra, y abandonó por su amor la gloria escénica.

Esta dama acaba de morir en Madrid en los primeros días de Enero de este mismo año. Ella era la hija política de *Figaro*; la persona más allegada á él en el tiempo; la que con más documentación podía hablar de la vida del escritor insigne, y su muerte ha pasado casi inadvertida.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

DOÑA BALDOMERA DE LARRA
Hija de "Figaro"

LA PRINCESA DEL FRÍO



La comadre Lechuza le decía una noche
 á la chiva, en la armónica quietud de la majada...
 —¡Loco aquel que se glorie de saber! Ni siquiera
 del sentimiento propio sabemos casi nada...
 Un día (era yo joven; iba á ver por primera
 vez llegar el invierno) vino al monte, en un suave
 y sutil manto envuelta, una blanca doncella,
 que se posó en el musgo igual que un hada ingrave.
 Dijo llamarse Nieve y ser la real princesa
 del frío, hija del agua helada por el viento,
 y extendió su gran manto sobre los pobres pinos,
 que temblaban al gélido contacto de su aliento;
 y al ritmo de sus gasas, que ondeaban flotando
 sobre el monte y más lejos, sobre todo el paisaje,
 entonó un canto vago, de lenta melodía,
 en un extraño, apenas comprensible, lenguaje.
 Y decía: «Yo soy la eternamente blanca,
 la eternamente virgen, la eternamente fría.

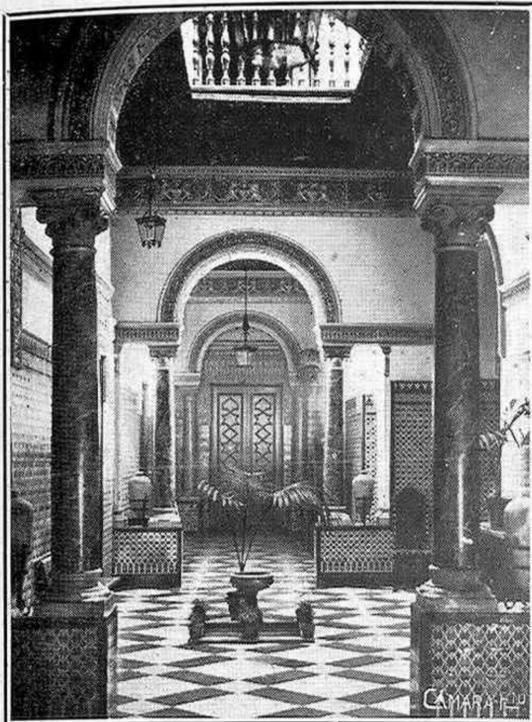
Mi corazón de jaspe y mis besos de hielo,
 la boca de la Muerte comparan con la mía.
 Yo tejo en el espacio, con mis albos estambres,
 mortajas inconsútiles para todas las cosas;
 yo desciendo á los huertos floridos en otoño,
 y con mis dedos pólidos voy matando las rosas.»
 Y la doncella blanca, de sonrisa perversa,
 se tendió sobre el musgo y se quedó dormida.
 En las ramas, los nidos, bajo el armiño húmedo,
 eran arcas herméticas que guardaban la vida.
 (La chiva, se diría que espera el desenlace
 de la historia, que encuentra larga é inconsecuente;
 pero, no; mientras charla la comadre Lechuza,
 la chiva, filosófica, rumia plácidamente.) [mas
 —... Y otro día, ¡oh, día bello!, se rasgaron las bru-
 y emprendieron las nubes su rauda cabalgata;
 los pinos enganchaban las cardas de sus vestes
 y desgarraban el vellón de hilada plata.

Y asomó un rostro rubio por la más alta cumbre,
 de mirada viril y cálida y potente,
 y la doncella blanca despertó y, al mirarle,
 rompió en llanto y su llanto corrió por la vertiente.
 Los pinos la decían: ¿Por qué lloras, princesa?
 Y ella: Porque me mira esa horrible mirada,
 que me abrasa. Y el Sol, vanidoso y risueño,
 la dijo: Eso es, princesa, que estás enamorada...
 Nadie habló más: tan sólo el viento que corría
 entre troncos y helechos, juguetón y sutil,
 murmuraba, al pasar, en su cántico unísono:
 ¡La Primavera llega! ¡Abril! ¡Abril! ¡Abril!...
 Y el Sol siguió mirándola día tras día, y ella
 no cesó de llorar y resistirse, y luego,
 un buen día, empezó á subir hecha bruma
 hacia él y se fué tras sus besos de fuego.

DIBUJO DE BUJADOS

Abel VARGAS

SEVILLA ◊ EL GRAND HOTEL DE MADRID



Patio, lado derecho



Escalera principal



Patio, lado izquierdo

Ocupa este bello Palacio—antigua residencia, casa solariega de los condes de Gelves—, hermoso edificio sobrio y sencillo en su aspecto exterior, de líneas elegantes y severas, uno de los lugares más céntricos y mejores situados de Sevilla.

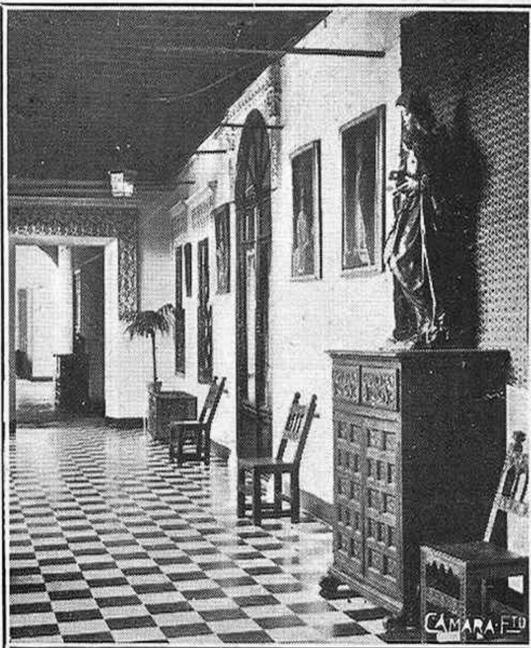
El Grand Hotel de Madrid, de estilo netamente sevillano, característico y peculiar, es sin género de duda alguno el único favorecido por las familias reales y por las personas de espíritu selecto que buscan rodearse no sólo del confort y de la comodidad, sino de cuanto contribuya á la más viva delectación y recreo de los sentidos. El Grand Hotel de Madrid es un museo sobrio y escogido de azulejería, de mosaicos, de forja, de cuadros valiosos, de cerámica...

El arte reina y triunfa en este espléndido Hotel poniendo una nota sugestiva en todo, quitándole á lo que el edificio representa todo sello de austeridad, de severidad, de frialdad...

En su extenso perímetro, además de las hermosas habitaciones amplias, de elevados techos y con magníficos baños y calefacción central, tiene varios patios de una gran amplitud, algunos de ellos, como el principal, convertidos en lindísimos jardines, por los que, así como por sus cuatro fachadas, reciben el sol y el aire sus habitaciones, siendo el más higiénico de cuantos edificios de su clase existen en España, compitiendo gallardamente con los más celebrados del extranjero.

Constantemente se han sucedido las reformas en el Hotel no sólo en el orden suntuario, sino en el de proporcionar á sus clientes todo lujo de comodidades. Todos los servicios están montados con la mayor perfección y utilidad, siendo los de cocina y bodega capaces de satisfacer los deseos del viajero más exigente.

El Grand Hotel de Madrid tiene más de doscientas habitaciones, distribuidas en los diferentes cuerpos del edificio, para una ó varias personas, y de diferentes clases se-



Un corredor del piso principal

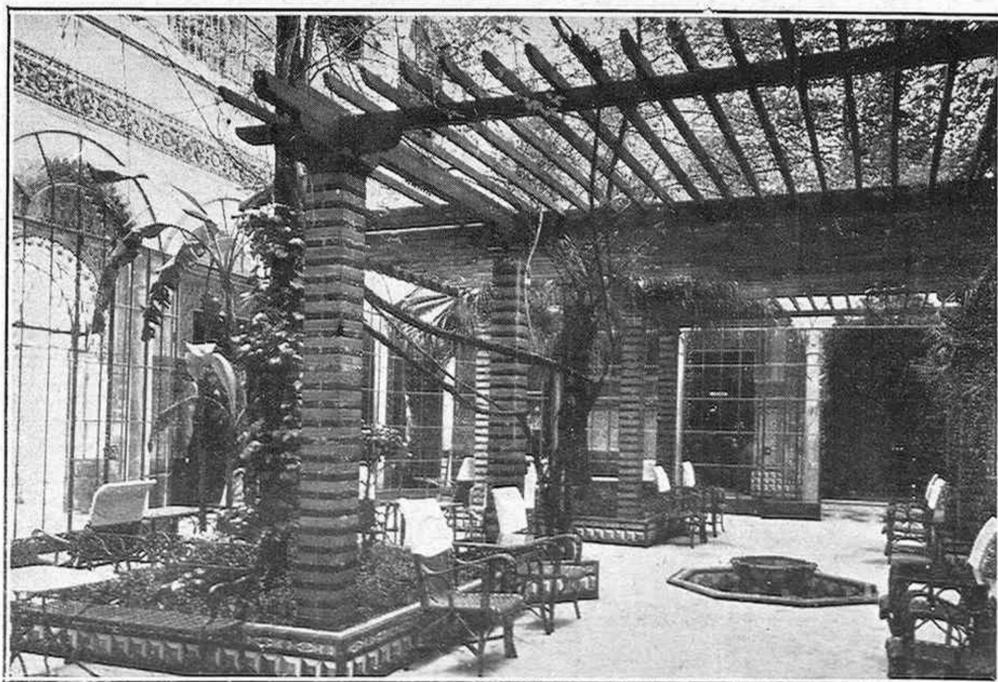
gún el tamaño, luz y situación de los mismos, á los cuales se ajustan los precios desde 30 pesetas en adelante.

Cuenta además con un magnífico comedor y sala de lectura, y cuantos accesorios y dependencias son precisos á un Palacio de la índole y preponderancia del que describimos.

El hermoso patio principal, cuyos veintitrés arcos han sido embellecidos con verdadero alarde de riqueza artística, enmarcan un precioso jardín; los muros de los soportales están revestidos de azulejos del siglo XVI. Las cancelas primorosas de cristales que rodean el patio permiten al pasajero, en la estación invernal, contemplar con grata temperatura aquel vergel que parece encerrado como una gema en su joyero transparente, y en el verano gozar las delicias del ambiente perfumado de las más bellas flores de la tierra, que en él se cultivan, de entre las que se destaca un espléndido rosal, raro ejemplar de más de doscientos años, cuyo patio entolda con sus flores blancas, de perfume extasiador. Este conjunto, verdadera filigrana ornamental, incomparable cuadro de estética suntuaria y natural, es la nota típica sevillana que distingue á este Hotel de todos sus similares, el mejor de Europa, el orgullo de Sevilla.

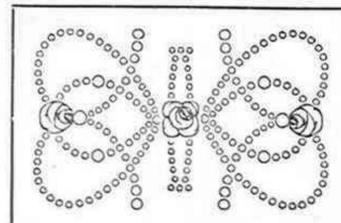
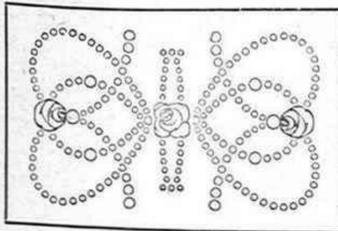
El Grand Hotel de Madrid es frecuentado en todo tiempo por los más significados personajes de España y del extranjero, los que son, más que todas las proclamas imaginables, los mejores propaladores de las excelencias del mismo.

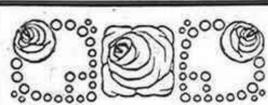
El poco espacio disponible nos impide ocuparnos del Grand Hotel de Madrid con la minuciosidad y detenimiento que se merecen no sólo sus servicios, sino las innumerables bellezas artísticas que atesora. En otra ocasión lo haremos, cumpliendo con ello un deber informativo y una labor útil para Sevilla, que cuenta con un Hotel tan admirable, y del que ofrecemos á nuestros lectores cinco diferentes fotografías.



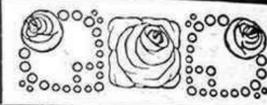
Patio principal

FOTS. PÉREZ ROMERO





ERA AYER...



No recuerdo quién ha dicho que el estado social de los pueblos guarda una íntima conexión con las manifestaciones externas de sus clases privilegiadas. Aficionado á darme cuenta del por qué de las cosas, muchas veces, convencido de lo verdadero de aquella aseveración, he buscado en las páginas íntimas de la Historia lo mucho que la hace patente. ¡Cuántos y cuántos hechos cuya génesis no aparece clara en el severo diario de Clío tornaríanse transparentes si leyendo entre sus líneas nos permitiésemos curiosear en sus anécdotas! Es, en efecto, la vida de las altas clases tan sólo una faceta más del cuerpo social, quizás la más brillante, la que más atractivos rayos destella, pero ligada con las otras por vínculos fortísimos. En lenguaje matemático, diríamos que es función de tantas y tantas variables como son las que constituyen la ecuación histórica. La clase que suele creerse directora, no sólo no tiene eficiencia bastante para ejercer tal calidad, sino que suele ser el producto de factores muy ínfimos. Y basta de Algebra.

Sugiere estas reflexiones el espectáculo de cómo lo que se llama la *sociedad* en Madrid ha cambiado en poco tiempo. Me apresuro á decir que el hecho de que cuando era de otro modo yo me hallaba en mis años juveniles, mientras que ahora comienzo á descender la cuesta, no es bastante para justificar el pesimismo que me invade. Tal vez ahora los muchachos, con los *tés-tangos*, los *cabarets*, los *cines* y otras muchas variedades de nuestra definitiva incorporación á la culta Europa, se divierten más de lo que nos divertíamos nosotros, que, en verdad, no disponíamos de tantos elementos. Pero este detalle no tiene importancia alguna para el hecho concreto de que la *sociedad* atraviese una crisis. Sin embargo, vale la pena de establecer un parangón entre antaño y hoy en tal punto concreto.

¡Antaño! Antaño, el *señorito conocido* se levantaba tarde. ¿Para qué madrugar, si por la mañana no había nada que hacer? El espectáculo del barrendero, de la cocinera que va al mercado ó del tío de las burras de leche, no ofrecía atractivos bastantes para invitarnos á abandonar las ociosas y blandas plumas. Los más virtuosos estaban á la una dispuestos para dar una vuelta por el estrecho recinto de la carrera de San Jerónimo y de la calle de Sevilla, vías por las cuales solían á tales horas intempestivas aparecer algunas heroicas damiselas que tenían el temerario arrojo de oír la misa de las doce. Realizada esta labor, venía la de los garbanzos. El que regresaba de la calle, disfrutaba del privilegio de almorzar con cuello planchado; pero el común de los mártires se sentaba ante la mesa familiar, soñoliento, huraño, despeinado y en batin, pues no existía el *pijama*. Luego, ya era *por la tarde*. ¡Ah, la tarde! La tarde era un emblema, y el hecho de que el Sol se acercase á Occidente daba á aquellas horas un singular prestigio. Superiores á sus hermanas las anteriores al almuerzo, se revestían de tal solemnidad, que todo pollo que se estimase no podía en ellas dejarse ver si no era tocado con la solemne chistera. Había quien daba de baja cada año cinco ó seis de estos administrados. La mayoría nos contentábamos con dos por *season*, pues cada cuatro meses cambiaba su moda; y si en Noviembre eran cilíndricas cual tubos de chimenea, en Marzo su copa tenía una graciosa curvatura parabólica. Villasante, que creo se hizo rico colocándonos sobre el occipicio tales adornos, se encargaba de que no transcurriese mucho tiempo sin que su forma variase, y también, por la módica propina de dos reales, de que sus dependientes las planchasen cotidianamente hasta arrancarles los ocho reflejos reglamentarios. Madrid, en su centro aristocrático, era un vasto plantel de oscuros espejos. Lo que más llamaba nuestra atención cuando iba-

mos por provincias era el no ver chisteras más que sobre las venerandas calvas del señor presidente de la Audiencia ó del señor rector de la Universidad.

Con la chistera sobre el cráneo y la solemne levita nos íbamos á paseo. Ir á paseo era un rito, y nunca pude explicarme el por qué de la despectiva frase que á ello condena al que se envía con cajas destempladas. El paseo era el soberbio parque del Retiro. De cinco á siete, allí estábamos todos, con una puntualidad verdaderamente ejemplar. Las muchachas ocupaban la delantera del *landeru*, frente á frente á la sa-gaz mamá y al aburrido papá. Los pollos, ó iban á pie ó en *simón* pesetero, menos la media docena de ultraelegantes que poseían un cochecillo de guiar, ó de los *sportsmen*, que cabalgaban gallardamente. Sí, señores míos; cabalgaban gallardamente. Cierto que si el hipógrifo hiciese la menor defensa, el jinete mediría el suelo con las costillas, pues la monta de entonces era lo más contrario á los cánones del arte; pero ¡qué prestigio el del señorito que con *jaquette*, pantalón largo negro y la imprescindible chistera aparecía en el Retiro sobre un honrado penco de brillante capa y airosas formas! Todo se reducía á trotar doscientos metros, galopar cincuenta, y luego pararse en el Angel Caído para contemplar el desfile de los coches y que las chicas admirasen la temeridad del joven hípico. Las pobres ignoraban que el animalito (me refiero al caballo, naturalmente) era un infeliz, incapaz de hacer daño á nadie y menos á su dueño.

La vuelta del paseo señalaba la hora de acudir, por primera vez en la jornada, al Círculo. El *Veloz Club* agonizaba; el Casino carecía de prestigio elegante, y la *Peña* reunía en su seno á los varones de la *sociedad*. ¡Inolvidable *Peña*! ¡Tú supiste hacer el milagro de que todo el

mundo estuviese encantado en el local más incómodo posible! La más campechana franqueza, la camaradería más grata reinaban en aquel antro, cuyo techo bajísimo obligaba al humo de los cigarros á no romper su densa niebla. La tertulia, cuyos temas de conversación huían cuidadosamente de cuanto pudiera originar rozamientos y cuestiones, se extendía, se alargaba y empalmaba con la comida. Unos instantes para ponerse el frac, y—de diez noches, ocho—allí nos quedábamos á yantar, para luego comenzar la verdadera vida madrileña de entonces: la vida nocturna.

¿Noche sin algo ameno? Ninguna. Había, primeramente, el Real. Cada función del Real era una fiesta magnífica. De tiempo inmemorial, cada familia conocida tenía su palco, y de memoria podíamos señalar el correspondiente á cada una. La sala de nuestro teatro de ópera es la más agradecida del mundo. Sus vastas y bien proporcionadas dimensiones; su decorado, sobrio y señorial, y, sobre todo, el arreglo de sus palcos, en los cuales no se ha escatimado el terreno, hacen que cuando llenos de mujeres se ofrecen á la vista del espectador presente un golpe de vista maravilloso. El público se dividía en tres partes: la de adorno, la inteligente y la adventicia. La primera la constituían las señoras y señoritas de la *sociedad*, elegantísimamente vestidas la mayor parte. La segunda, la gente de las alturas, jueces de reconocida capacidad y severa crítica. La tercera, las clásicas *águilas*.

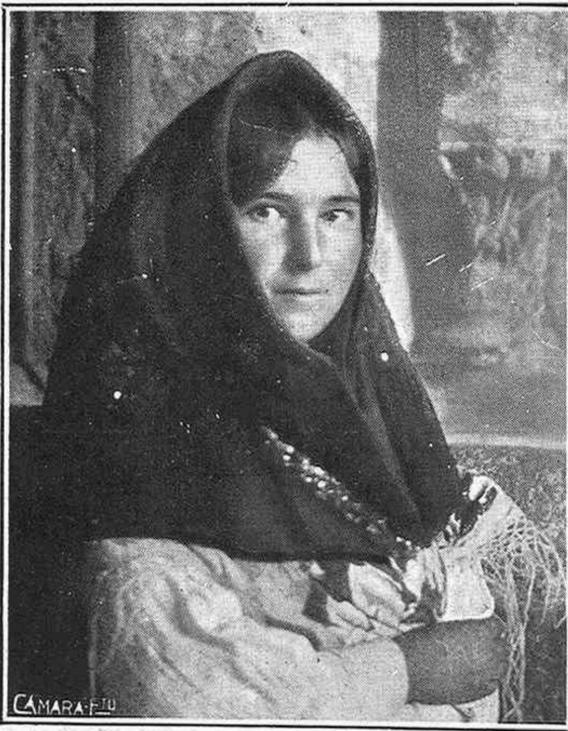
También el *águila* ha muerto, asesinada por el alza de precios de todo. El *águila* era el muchacho conocido que iba á pie, y por calles extraviadas, al regio coliseo, cuidando de no macular los escaupines en los charcos. Si la modestia de la pensión familiar no le permitía el lujo del coche, mucho menos le autorizaba á ofrecerse el asiático refinamiento de una butaca. Una democrática *entrada general* le franqueaba las puertas del teatro, y, una vez allí, el *águila* se encaramaba en el paraíso, para desde tal cumbre tender su mirada avizora sobre el brillante recinto. Dos, tres ó más palcos eran su presa. En el primer entreacto caía sobre uno de ellos, y era recibido con agrado por las muchachas, á las que entreténía con su charla, y con la indiferencia de la costumbre por la gente madura. Llegado el momento de alzarse el telón, el *águila* se había ingeniado de manera de que faltase lo más interesante de la conversación comenzada. Ello le autorizaba para no irse, porque ha de saber el lector que el público de palcos hablaba en voz alta durante toda la representación. Una cajita de bombones cada dos meses era el escote del *águila*, y con ella compraba el tácito permiso para continuar sus visitas.

Al terminar la representación, la gente bajaba al *foyer* para esperar los coches. Allí, la tertulia restringida del palco se hacía general. Durante la hora larga que duraba el desfile, mientras los porteros pregonaban á gritos los más claros nombres de la Nobleza ó los más conocidos de la Finanza, aquello era una verdadera fiesta social. Nada tenía que envidiar á las *sauteries* más elegantes, pues las pocas cursis que por allí se aventuraban permanecían en un rincón, ajenas al movimiento y entre la desdenosa indiferencia de las otras. Cuando el portero anunciaba su coche, salían de estampía, como huyendo de unas miradas que, en verdad, pocas veces se dirigían á ellas. El elemento femenino y la parte sesuda de los varones se recogían al hogar. El resto, aún tenía cuerda para muchas horas.

Y como yo también la tengo, qué-dese para otro día la continuación de estas evocaciones, que si no son las «Memorias de un setentón», casi pueden ya calificarse de «Recuerdos del tiempo viejo».

EL CONDE DE LA TORRE DE CELA

SERRANA DE ÁVILA



Recia, serena, de una sobria traza,
bajo tus galas de domingo, eres
envidia del mirar de otras mujeres
y encarnación viviente de la raza.

La lumbré de tus ojos se ha encendido
junto á nieves, quebradas y roquedos,
y ante el ciclópeo peñasal de Gredos
la rosa de tu cara ha florecido.

Guardas, como la tierra en que naciste,
bajo tu grave frialdad innata,
una ferviente llama abrasadora...

Y á las veces, tu espíritu se viste
de los mismos ensueños que relata
en sus libros la Céllica Doctora.

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

EL CASINO ESPAÑOL DE MÉJICO



Vista del edificio del Casino Español de Méjico

De un amor intenso á la Patria, de una verdadera devoción por sus glorias y sus progresos, nace en los españoles de América ese fuerte deseo de fundir los corazones y compenetrar los pensamientos, para que unidas de este modo las almas pueda efectuarse una honda labor de españolismo. De esta necesidad de ligar los espíritus con los lazos de comunidad de Patria, han ido naciendo en América todas esas grandes Instituciones que los españoles fundan, y cuya labor admirable constituye un honrosísimo motivo de orgullo y satisfacción. Todas estas Sociedades instituidas por seres hispanos merecían ser conocidas ampliamente por nosotros, que ganaríamos y aprenderíamos mucho estudiando con el debido interés la manera como están organizadas y el trabajo y la labor que tan noblemente han llevado á cabo desde su fundación.

Una de las mejores Instituciones de este género es el Casino Español que se halla establecido en la capital del Estado mejicano; ocupa un edificio bello y amplio, del cual publicamos en la

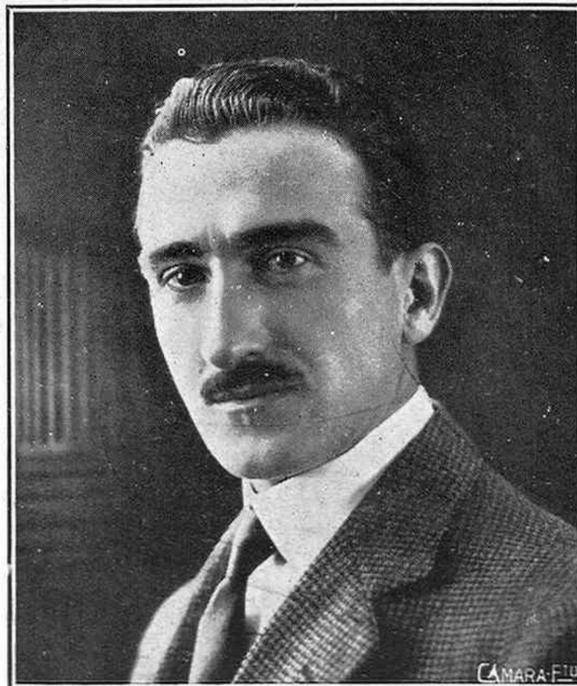
presente página una fotografía. La labor que este Casino ha realizado desde que fué fundado es sumamente meritoria y enaltecedora para los españoles que han venido actuando con tanto acierto al frente de él. Esta Institución, la más genuinamente española que existe en Méjico, es una prueba más del trabajo, del entusiasmo, del amor y de la fe con que laboran por España los que fueron á América con una esperanza de mayor horizonte en los ojos y con un rayo de digna ambición en el alma. Es una nueva demostración de la nobleza y la generosidad de esos seres que tan honradamente van sembrando sobre las tierras americanas semillas de españolismo que luego han de germinar y han de florecer en rosas de amor, de consuelo, de caridad...

Recientemente ha sido elegido para el cargo de presidente de este Casino D. Santiago Galas; para el de secretario, D. Alfonso de Lucas de Barrés; para el de tesorero, D. Arturo Díaz Prida. Espérase, con sobrado motivo de razón, que los tres continúen con el mismo entusiasmo y la misma fe la labor de sus antecesores en dichos cargos. De sus altas cualidades se derivarán seguramente valiosas gestiones y meritorios actos que redundarán en provecho de la numerosísima colonia de españoles que actualmente existe en Méjico.

Es sumamente consolador para el ánimo ver desde aquí cómo saben unirse en América nuestros compatriotas, dando así un hermosísimo ejemplo de fraternidad y españolismo, que resalta más intensamente en los momentos de ahora, estos pobres momentos en que parecen abatirse los penachos de todos los ideales, oscurecerse los cristales de todas las conciencias, enfangarse los sentimientos de todas las almas y florecer la tierra en rosas purpúreas y malditas de sangre, de mentira, de traición...



SR. D. ALFONSO DE LUCAS DE BARRÉS
Secretario



SR. D. SANTIAGO GALAS
Nuevo presidente del Casino Español



SR. D. ARTURO DÍAZ PRIDA
Tesorero

PÁGINAS ARTÍSTICAS



CHOPIN, dibujo de Marcial Rovira

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*; pues, sin *teñirlos*, les da vida y color. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el *ron quina*.



LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con *arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc.*, á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitosa perfume.

TINTURAS WINTER Marca Belleza. Tiñen en el acto las canas. Sirven para el *cabello, barba y bigote*. Se preparan para *rubio, castaño claro, castaño oscuro y negro*. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blanca, cura, hermosura y conservación del cutis; sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel oscuro.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de Sarrá.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

TAPAS

para la encuadernación de
La Esfera
confeccionadas con gran lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes al segundo semestre de 1920

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 pesetas

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franquico y certificado



Para Viajes, Excursiones, Meriendas, Cacerías, etc., no olvidar la Mortadella "SIBERIA"

¿Quiere usted aprender idiomas?
Vaya á la

ESCUELA BERLITZ

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará mejor

Remington UMC

Cartuchos para Revólveres y Pistolas.

Estos cartuchos, habiendo sido fabricados con toda precisión y bien experimentados con las armas para cuyo uso se destinan, presentan funcionamiento correcto y el maximum en exactitud.

Remington UMC
La Marca Preferida

Sea cualquiera la marca o calibre de su revólver automático favorito, le será posible obtener los cartuchos adecuados de marca Remington UMC, perfectos en todo sentido.

Catálogo gratis a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.

REMINGTON ARMS COMPANY INC.
233 Broadway Nueva York

Jabón, 1,50.—Crema, 2,50.—Polvos, 2,50.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Coloria, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.—Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

TINTAS LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

Misterios de la Policía y del Crimen

¡¡ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN !!

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Salsa LEA & PERRINS

Da un picante muy agradable y un olor estimulante, á la CARNE, PESCADO, SOPA, AVES DE CAZA, QUESO, ENSALADAS, etc.

Fijense en la firma en blanco

Lea & Perrins

sobre la etiqueta roja de cada botella.

La verdadera y original WORCESTERSHIRE SAUCE.

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU-PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

UNA CAJA DE VERDADERAS **Pastillas VALDA**
BIEN EMPLEADA Y A SU DEBIDO TIEMPO DEFENDERA
vuestra Garganta, vuestros Bronquios vuestros Pulmones
COMBATIRA
vuestros Constipados, Bronquitis, Grippe, Trancazo, Asma, Enfisema, etc.
PERO SOBRE TODO Exigid expresamente LAS VERDADERAS **PASTILLAS VALDA**
que se venden unicamente EN CAJAS con el nombre VALDA en la tapa y nunca de otra manera.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO ABRÓTANO MACHO

ALCOHOLERA, Carmen, 10, Madrid



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

TÉ ENDVAR, de excelencia sin par



ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRESA DE «PRENSA GRÁFICA», HERMOSILLA, 57, MADRID
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 693, BUENOS AIRES